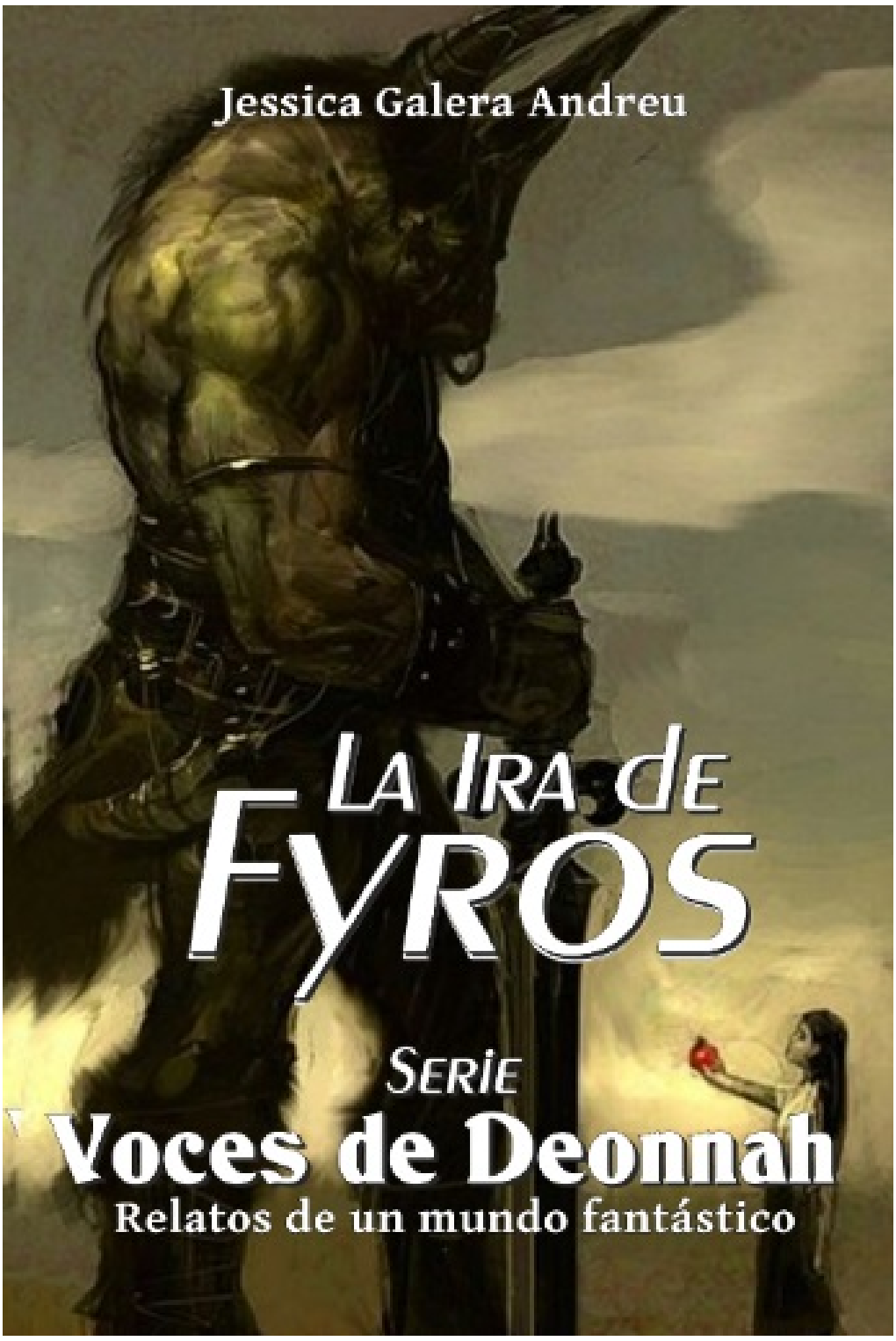
La Ira de Fyros (Serie Voces de Deonnah)

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

Prólogo

Úrutan llegó acompañado de su guardia personal, siete fortalezanos que cerraban una formación en forma de flecha, cubriendo las espaldas de su emperador. El frío le calaba hasta los huesos aquella mañana y el hombre se ajustó la gruesa capa de piel que lo protegía. De un salto, bajó de su caballo y caminó entre los restos de la copiosa nevada que había caído hacía solo unos pocos días. Dos soldados más lo aguardaban algo más adelantados y, al verlo llegar, uno de ellos salió a su encuentro.

—Mi señor...

—Anzor —lo saludó él, sin detenerse—. ¿Lo habéis visto?

—No, pero el crío asegura que topó con él en este sitio hace menos de una hora. No debe andar lejos.

Úrutan avanzó hasta llegar junto al otro soldado y un muchacho de no más de doce años, que tiritaba, fruto del frío y el nerviosismo.

—¿Tú eres quien lo ha visto? —preguntó Úrutan.

—Sí, mi señor.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Tair.

—¿Cómo era?

—Enorme, mi señor. Jamás había visto criatura igual. Era... negro y … de recia envergadura. Sus cuernos debían ser como vuestros brazos y... era veloz; gruñía y... daba miedo.

—Miedo... —murmuró él, alzando la mirada—. Eres fortalezano. No puedes tener miedo.

Úrutan lo rebasó y se asomó a la ladera que daba al valle, donde la nieve aún no se había derretido. La llanura era extensa y allí en lo alto, el viento golpeaba con furia. El emperador observó a su derecha y comprobó que una decena de fortalezanos montados a caballo aguardaba en perfecta

formación, preparados para una orden suya.

—Vuelve a la ciudad —le exigió al chiquillo sin tan siquiera mirarlo.

Este se limitó a asentir y corrió de regreso a Fortaleza.

—¡Traed mi montura! —gritó.

Uno de sus soldados avanzó entre los demás con el corcel marrón del emperador y se lo entregó para que este montase de nuevo sobre él. Suspiró al tomar lugar sobre la silla y cerró los ojos, tratando de sacudirse el frío que le helaba el alma. No recordaba, sobre las tierras de Kardunia, invierno más crudo que aquel y aunque anhelaba el calor de la chimenea, el crepitar del fuego y la grata compañía de la que había estado disfrutando en sus aposentos antes de verse interrumpido, aquella causa bien merecía el entumecimiento de todas y cada una de las partes de su cuerpo. El silbido del viento se alzaba como único compañero, al que quebraba tan solo el bufido de los caballos o el sonido metálico de las espuelas. Todos aguardaban sin el menor trazo de impaciencia sobre sus rostros, surcados todos ellos por cuatro franjas verticales en color rojo que simbolizaban el permanente estado de guerra en el que Fortaleza solía vivir, la sangre del enemigo. Las nubes de vaho acompañaban sus respiraciones y ninguno de ellos apartó la atención del valle durante largos minutos de espera. Los primeros rayos del sol aún no se habían asomado tras las lejanas cumbres de Scátena, hogar de titanes. Úrutan había cazado a varios de estos, dragones, krákens... Pero nunca a un minotauro. Y aunque no habían sido pocos los sabios que le habían desaconsejado llevar a cabo tal hazaña, convencidos de que la aparición de tan extraña criatura estaba relacionada con los desastres naturales que habían asolado Kardunia en los últimos meses, nada detendría su determinación. Convencerlos de lo contrario, no le había resultado difícil a Úrutan, que solía encontrar en la hoguera sus mejores argumentos.

Abrió los ojos de nuevo, mientras en el interior de sus venas podía sentir la sangre, cabalgando como una embestida. Un zumbido sordo se había instalado en sus oídos, fruto de la tensión palpable en el ambiente. Sus ojos se mantenía clavados sobre sus propias manos, que reposaban serenas sobre el pomo de su montura.

Alzó la cabeza cuando un bramido abrazó el valle como si emergiera, desgarrado, de la entrañas del mismísimo infierno. El eco se expandió en la lontananza, despertando a Kardunia entera. El caballo relinchó, notablemente nervioso y Úrutan sonrió, fijando ya toda su atención en el valle, donde no tardó en divisarlo: una mancha negra surcaba la llanura a una velocidad endiablada, que sin embargo no hizo torcer el gesto a ni uno solo de los fortalezanos. Se llevó la mano a la empuñadura de su espada cuando su aguda vista fue capaz de distinguirlo. Desde allí no podía estar seguro de la envergadura de aquella criatura, pero lo que sí

sabía era que nada lo detendría en su deseo de darle caza.

—A por él —murmuró.

Los caballos fortalezanos se precipitaron ladera abajo sin el más mínimo resquicio de duda. El frío quedó relegado, convirtiendo al viento cortante en una agradable brisa mientras las patas de los corceles desprendían roca, nieve y hierba en su frenético avance. Necesitaron apenas unos pocos segundos para llegar hasta allí. El minotauro tampoco vaciló al verlo y corrió hacia ellos para embestirles.

—¡Preparad las flechas! —gritó Úrutan—. ¡Abríos!

Los caballos se bifurcaron hacia uno y otro lado, burlando el ataque del minotauro, cuyo tamaño convertía en juguetes a los fortalezanos Sus cabezas apenas le llegaban a la altura del abdomen.

—¡Descargad! —gritó Anzor.

Mientras los caballos rodeaban al minotauro, sus jinetes se proveían de flechas con las puntas untadas en el letal veneno de un santko, un peligroso reptil que habitaba solo en las profundidades de los bosques del norte y cuya saliva era capaz de acabar con la vida de un escuadrón fortalezano. No pretendían hacer lo mismo con el minotauro, pero con la envergadura de aquel ser tampoco lograrían tumbarlo. Bastaba con aturdirlo y poder, así, llevarlo hasta Fortaleza, donde se convertiría en la mayor atracción de las próximas celebraciones.

—¡Vamos! —chilló de nuevo Úrutan.

Las flechas le llovían al minotauro con virulencia, atravesando algunas su gruesa piel; rebotándole, otras. La bestia se revolvió, enfurecida y descargó sus enormes brazos, arrastrando en su embestida a dos hombres. Uno de ellos logró apartarse, reptando, mientras que el otro nada pudo hacer ante el fuerte puñetazo del minotauro, que perforó nieve y tierra como si de mantequilla se tratase.

—¡Ni un muerto más! —gritó Úrutan, furioso. El emperador desenvainó su espada y corrió hacia la bestia por la parte posterior de esta—. ¡Descargad!

Anzor vaciló durante unos segundos, pues si obedecía, las flechas lloverían por igual sobre la cabeza de Úrutan.

—¡Anzor! —gritó este, furioso.

El minotauro se volvió cuando él lo hubo alcanzado y hundió su espada en la dura piel de la criatura, que aulló, dolorida. Úrutan asió la rienda de su

caballo, obligándolo a efectuar una rápida maniobra que evitó un nuevo golpe del minotauro. Las flechas cayeron de nuevo sobre él, que trataba de sacudírselas sin llegar a conseguirlo. El veneno empezaba a hacer efecto en su cuerpo y la bestia cayó de rodillas al suelo sin que eso hiciera bajar la guardia de los fortalezanos.

—¡Espada! —gritó Úrutan.

Uno de sus hombres desenvainó y le entregó con premura su acero para que él pudiera acometer un nuevo ataque contra aquel animal, que ya empezaba a desfallecer.

—¡Flechas!

La enésima descarga lo acribilló mientra él cabalgaba de nuevo hasta su lado y hundía la nueva hoja a la altura de la clavícula del monstruo, que solo fue capaz de emitir un gruñido patético. Sin embargo, el instinto le llevaba a seguir luchando y, con la mano, fue capaz de derribar a Úrutan de su caballo. El hombre se puso en pie y corrió, apartándose para evitar el golpe con el asta que el minotauro trató de ocasionarle. El cuerno ni siquiera le rozó pero sí el manotazo que lo tiró de nuevo, luxándole un hombro al instante. Gritó, más de rabia que de dolor y se dejó arrastrar por dos de sus hombres, mientras el resto ponía fin a la mañana de caza con una nueva descarga de flechas y las espadas.

Úrutan se puso en pie y apartó de mala gana a los hombres que lo habían ayudado.

—No lo matéis —exclamó, resollando—. No lo quiero muerto.

El animal dejó de moverse aunque su abultado pecho daba buena muestra de que continuaba respirando, al igual que el vaho que exhalaba de su hocico.

El silencio tenso que los había acompañado durante la mañana, se transformó en uno distinto aunque igualmente sobrecogedor. Algunos continuaban montados sobre sus caballos; otros, aguardaban a pie. Todos ellos pendientes de una orden o palabra de su emperador, que sin embargo, se mantenía en silencio, con la vista clavada en el minotauro. Con la mano izquierda se sostenía el hombro derecho. Úrutan volteó la cabeza y observó a Anzor agachado frente al único muerto que la temeraria cacería había vertido como saldo. El emperador se acercó hasta allí y, sin agacharse, le habló al que era su mano derecha:

—Si no tuviera por delante una declaración de guerra que llevar a cabo, hoy no habría un muerto, sino dos.

Anzor se puso en pie y lo miró sin vacilar.

—¿Tu vida vale la de un minotauro?

—Desobedecer una orden mía, cuestionarla... eso sí vale tu vida. Y la de cualquiera. ¡La de cualquiera! —gritó, dirigiéndose a todos—. Llevadlo a Fortaleza antes de que despierte. Y avisadme cuando mi hermano regrese.

Capítulo 2

Capítulo 1

Danaria caminaba a través del oscuro bosque que separaba los lagos de Presagio de las denominadas tierras capitales, donde se hallaban las ciudades de Mynsal y Fortaleza. El trecho que le quedaba hasta alcanzar su destino no era excesivamente largo, pero era el único que debería hacer a pie y sola. El viaje de regreso desde los bosques de Entya solía hacérsele más corto que el de partida, pues el ansia que la devoraba por llegar al mágico hogar de los ents solía eternizar el trayecto. Aquella tarde, sin embargo, el camino de vuelta se le estaba haciendo tan largo que por un momento pensó en la posibilidad de haberse extraviado. No era la primera vez que efectuaba ese viaje, pero las fuertes nevadas del invierno solían dificultar el hallazgo de las referencias que solía utilizar para guiarse y por esa razón prefería viajar en cualquier otra época. Sin embargo, las urgencias apremiaban en las hermosas tierras de Kardunia, y Danaria había aceptado sin quejarse la petición de Yareus para acudir a pedir consejo a los sabios pastores de árboles. Él estaba ya demasiado viejo y sus pies resistían a duras penas las expediciones por las tierras cercanas. Cuánto más no aguantarían la de un viaje como aquel. Cierto era que buena parte de él no se efectuaba caminando; tan solo el trayecto que había de llevarlos desde la hermosa Mynsal hasta las lindes de Presagio, en cuyos lagos, resultaba balsámico detenerse a descansar, al tiempo que se atendían las advertencias de las cristalinas aguas, que siempre avisaban sobre posibles peligros durante el camino. A partir de ahí, las revoltosas ninfas, habitantes de los ríos que serpenteaban desde las cumbres de Titanos, empujaban sus bonitas y ligeras embarcaciones a través de las Lágrimas del Tinma, nombre que tomaban los mútliples afluentes del caudaloso río. Corriente arriba, las hadas transportaban a los viajeros en exóticas balsas que ellas mismas construían con hojas de Salahana, un extraño árbol que solo crecía en las faldas de las cumbres más frías y cuya resistente hoja estaba a prueba de todo. Ensambladas a sus gruesos troncos y coronadas por las suaves telas que también ellas mismas tejían, las embarcaciones ninfas avanzaban veloces hasta alcanzar la corriente descendiente del río Sinno, el único que serpenteaba entre las vastas tierras ents. Ver a aquellas hermosas criaturas siempre la había sumido en alguna especie de hechizo. Danaria soñaba con ir a Panteón algún día y conocer aquella hermosa tierra, las majestuosa ciudad mágica de Draydan, que imaginaba como un palacio gigante de níveo enlosado; el Templo de Utrah, donde se decía que los disoses de Deonnah hablaban; o el Faro de las Nereidas, una mágica biblioteca desde la que alcanzaba a verse el fantástico reino de Tempus, ubicado en el interior de un colosal iceberg. También anhelaba conocer a la reina Exelia. Se regocijaba sin remedio en la hermosura de aquellas ninfas que

habitaban en el Tinma y aquello la llevaba a imaginar cómo sería el rostro de la reina de las hadas. La imagina más hermosa de lo que cualquier otra mujer hubiera podido exhibir en un rostro, de ojos grandes y cabello largo; de boca menuda y grácil silueta. Algún día viajaría hasta Panteón, solía decirse, y conocería de primera mano el corazón de la magia en Deonnah, una isla protegida y cuyo acceso no estaba abierto a todo el que quisiera llegar hasta ella.

Despertó de su ensoñación y continuó avanzando. Danaria hubiera podido rechazar la petición de Yareus y otro mynsaliano hubiera sido enviado, pero ella valoraba profundamente el haber sido la primera elección del gran maestro, a quien no quería decepcionar. Durante su estancia en Entya había recopilado mucha y muy valiosa información acerca de los desastres que estaban azotando a Kardunia y que habían costado ya tantas vidas. Urgía, por tanto, llegar hasta Mynsal y poner a Yareus y a los demás en conocimiento de todo. Por suerte para ella, durante su estancia en tierras mágicas, no había topado con ninguno de aquellos hombres o mujeres que habitaban en el oeste, de quienes se escuchaban todo tipo de oscuros sucesos en los últimos tiempos, como aquel que aseguraba que los dioses les habían arrebatado su nombre. Muchos de ellos habían partido tiempo atrás hacia las cisla de Drey, pero el regreso de otros tantos a su Mythos originaria, no despertaba en Danaria buenas sensaciones, ya que al parecer no habían sido pocos los que habían sucumbido a alguna especie de oscuro mal que los convirtió en peligrosos cazadores.

El viento soplaba con furia aquella tarde y el sol declinaba ya a lo lejos. La joven se sentía inquieta, pues sabía que si la noche la alcanzaba en aquel lugar, sus posibilidades de ver un nuevo día serían remotas. Además del frío atroz que azotaba las tierras del oeste durante la noche, sabía que eran muchas las criaturas salvajes que poblaban aquel bosque y que aguardaban la oscuridad para moverse entre las sombras en pos de dar caza a sus presas.

Un sonido metálico la puso en alerta y por un momento, Danaria contuvo la respiración. Trató de mantener la calma y caminó despacio, aferrada a los documentos que portaba enrollados en el tubo, fabricado de recias hoja de Salahana. Al dejar atrás un pequeño recodo en el viejo sendero, cuyo trazado apenas se distinguía, cubierto como estaba por la nieve, pudo ver qué había originado aquella especie de tintineo: un fortalezano había dado caza a una pequeña cría de dragón que a buen seguro aún no sabía volar y cuya pata delantera había quedado atrapada en una de las múltiples trampas que los bárbaros habitantes de Fortaleza colocaban por la zona. Casi debía dar gracias a que ella misma o los frecuentes peregrinos que transitaban aquellos senderos no hubieran caído nunca en una de ellas.

Lo reconoció por las gruesas vestimentas de pieles curtidas que portaba y, sobre todo, por la brillante hoja de la cimitarra que se envainaba en su espalda.

Por un momento, Danaria olvidó el desasosiego anterior y solo pudo notar una indignación profunda ascendiéndole a través de la garganta. Sin embargo, cuando se disponía a recriminarle al fortalezano, algo la hizo detenerse: el hombre aflojaba la trampa para que el pequeño dragón pudiera sacar la pata. El animal lanzaba tímidos gruñidos, tratando, en balde, de escupir fuego. Era aún demasiado pequeño para hacerlo, y eso significaba, también, que su madre no debía andar lejos. El bosque era demasiado frondoso como para que un dragón adulto pudiera internarse en él pero sí solían hacerlo las crías, persiguiendo a cualquier incauto animalillo.

Danaria pestañeó, incrédula. ¿Un bárbaro de Fortaleza liberando a un dragón de su trampa? Continuó observando, mientras el hombre sujetaba con fuerza al animal y le colocaba en la pata un improvisado vendaje con hojas de Lismina, una planta curativa que crecía en las riberas del río Desal. Danaria no hubiera creído nunca que uno solo de aquellos hombres o mujeres, fieros guerreros y solo diestros en el dudoso arte de la guerra, conociera de las propiedades curativas de aquella hierba y la aplicase en alguien que no fuese él mismo. Pero así era.

Con un gran esfuerzo, el hombre logró arrastrar a la criatura hasta las lindes del camino y el dragón corrió en dirección a la llanura de Presagio, donde su madre no tardaría en divisarlo.

El guerrero se puso en pie y resopló, agotado. Danaria pudo verle el rostro por primera vez y apenas distinguió que era un hombre aparentemente joven, con las pinturas propias de su pueblo surcándole la cara desde la frente hasta la barbilla en un tono granate que representaba la sangre, pero que se conseguía con la resina de los árboles, mezclada con algunas especias y tratada para tal fin.

El hombre se ajustó las pieles y empezó a caminar en dirección opuesta. Danaria pensó que, con toda seguridad, se dirigiría hacia Fortaleza, de modo que si lo seguía, lograría llegar hasta Mynsal, cuyo acceso se encontraba más al este. Mientras él avanzaba con paso firme y decidido, ella lo hacía algo más rezagada, tratando de ocultarse entre la espesura. No obstante, el fortalezano no tardó en llegar hasta el lugar en el que su montura lo aguardaba, un regio caballo de imponente envergadura, oriundo de las cumbres de Titanos, más grande que un caballo común y con más pelaje en las patas, preparado sobradamente para las bajas temperaturas que azotaban aquella zona de Kardunia. Su negra crin, brillante y lacia, despertó la admiración en Danaria, cuyos labios dibujaron una involuntaria sonrisa. Despertó rápidamente de aquel ensueño y valoró con premura la situación: no le agradaba tratar con los fortalezanos, pero

si no lo hacía, volvería a verse sola y perdida en el bosque, pues ya hacía largo rato que había perdido de vista las escasas referencias en las que podía apoyarse. No obstante, conocía demasiado bien a aquellos hombres como para lanzarse sin más a solicitar ayuda. Buscó entre la maleza y cogió un palo de recia madera de roble, que guardó con alguna dificultad bajo la capa. La violencia la horrorizaba, pero si veía peligrar su integridad o algo más, no dudaría en utilizarlo. Tomó aire y carraspeó, mientras avanzaba despacio, sujetando con fuerza sus legajos, como si estos pudieran convertirse en el más férreo escudo. «El conocimiento es el arma más poderosa», solía decir su maestro. Ojalá tuviera razón, pensaba ella.

—Disculpad, mi señor —habló.

El hombre montó sobre su corcel y la miró, en absoluto sorprendido por su repentina aparición.

—Pensé que ibas a limitarte a seguirme hasta los confines de Deonnah —le dijo él, con voz profunda.

Ligeramente avergonzada, Danaria trató de ignorar el comentario y la escasa educación de la que aquel hombre hacía gala, tuteándola pese a no conocerla de nada.

—Mi nombre es Danaria y ando algo perdida. Me dirijo a Mynsal, pero me he extraviado y... me preguntaba si podríais ayudarme.

El hombre se apoyó sobre la horquilla de su montura y sonrió.

—¿Una sabelotodo perdida? ¿Qué hay de vuestra pericia para orientaros? ¿O de vuestra sabiduría para leer el cielo?

Danaria se mantuvo en silencio, consciente de que provocar un enfrentamiento con aquel hombre solo le serviría para quedarse allí perdida, si no algo peor, pues de todos era conocido el carácter irascible e incluso violento de los fortalezanos. Bajo sus ropajes, apretó sus dedos en torno al palo de madera.

—De acuerdo —zanjó él—. Te llevaré.

—¿A cambio de nada? —preguntó ella, temerosa.

—¿Y qué podrías darme tú? —respondió él, alzando una ceja.

Danaria dudó durante unos segundos; inspiró profundamente y trató de valorar las cosas de manera objetiva y práctica. Se acercó despacio y observó de reojo la pierna del fortalezano, que se mantenía sobre su montura. Con una sola mano, sin embargo, no lograba encaramarse a lo alto del animal y trató de hacerlo con las dos, confiada en que su

improvisada arma se mantuviera en su sitio. Pataleó y se guardó un improperio para el jinete, que se limitaba a atestiguar, indolente, sus dificultades para montar sobre la grupa del corcel. Danaria volvió a dejarse caer y le dedicó al hombre una mirada asesina.

—¿Subes o no? —preguntó él, tratando de guardarse una sonrisa.

—¿Es que no veis que no puedo? Los caballos de Titanos son demasiado altos. ¿Os estáis riendo de mí o qué?

—Quizás si dejas el palo te resulte más sencillo.

Danaria reparó entonces en que parte de la gruesa rama que había recogido le asomaba por debajo de la capa, a su espalda. Cerró los ojos y espiró una amplia bocanada de aire.

—No tenía intención de utilizarlo si vos no... No os conozco de nada.

—Pero me solicitas ayuda. Si no te fías de mí, no deberías pedirme ayuda.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Morirme en este bosque? Solo soy cauta. Como os he dicho, no tengo intención de utilizarlo a menos... a menos que vos no... no os hagáis merecedor de ello.

—No tengo ninguna intención —respondió el guerrero, extendiendo la mano.

Danaria lo miró, mientras lanzaba el palo al suelo. Se sentía inquieta y eso no podía ignorarlo, pero aquel hombre acababa de salvar a un dragón. Además, si quería propasarse con ella o atentar contra su vida, ¿resultaría suficiente aquel palo para impedírselo? Claro que no, aceptó resignada. Alzó la mirada y reparó en los ojos claros de aquel hombre, que la observaba en silencio y con el brazo extendido. Era bello, pensó, y por un momento se odió ante su propia consideración.

—No tengo todo el día.

La joven resopló y acabó determinando que, si las cosas se ponían feas, haría uso de la magia para defenderse. Yareus siempre les repetía que esta solo debía emplearse en casos de extrema necesidad. Pero ¿acaso no sería este uno de ellos? Por supuesto que sí, sentenció.

—¿Cuál es vuestro nombre? —quiso saber, mientras sujetaba la cálida mano que el guerrero le ofrecía. El tiró de ella con fuerza y así le resultó mucho más sencillo subir sobre el caballo.

—¿Acaso te importa?

—Si no me importase, no os lo habría preguntado —respondió ella, montada ya tras de él.

—¿Lo recordarás en un par de horas?

—¿A qué viene esa pregunta? Tengo muy buena memoria y... ¡oh!

El hombre agitó las riendas del caballo y este inició un trote apresurado de forma inesperada, ocasionando que Danaria hubiera de aferrarse con fuerza a la cintura del fortalezano.

—Ni siquiera eres capaz de recordar un camino —masculló él.

El viento cortante le golpeaba en el rostro y Danaria trataba de ocultarse tras la gran envergadura del guerrero, que le hacía de parapeto. El silencio se hacía incómodo, pero ella sabía que una conversación forzada con aquel hombre resultaría exactamente igual de poco apetecible. Mynsalianos y fortalezanos guardaban muy poco en común, bajo ideologías muy diferentes que los habían enfrentado durante años. Mientras que la fuerza bruta, las armas y la conquista lo eran todo para los hijos de Fortaleza, la diplomacia, el conocimiento y la sabiduría gobernaban el pensamiento en Mynsal. Durante muchos años, esta última había sido la capital de Kardunia, un lugar de veneración a la cultura y a sus dioses. Pero después, los fortalezanos exigieron el rol, merced de las numerosas conquistas que habían llevado a cabo, ampliando el territorio de Kardunia. El pequeño reino capital pasó a convertirse en un temible y vasto imperio, gobernado con mano de hierro, una situación que acabó aceptándose y normalizándose entre todos los habitantes del lugar, pese a las reticencias y recelos generados; una calma tensa convertida en paz, que especialmente los mynsalianos valoraban.

Danaria sonrió, algo más tranquila cuando, después de un mudo avance, reconoció las llanuras en las que se encontraba el acceso a su ciudad. Apenas unos pocos minutos después, el fulgor anaranjado que emergía desde la tierra, señalaba el acceso a la subterránea Mynsal.

El fortalezano se detuvo y Danaria bajó del caballo con alguna que otra dificultad; su larga túnica de terciopelo se enganchó en la espuela del animal, resgándose ante la mueca divertida del jinete, que ni siquiera se movió para ayudar a la joven.

—¡Oh, por el cielo! —exclamó la muchacha. Azorada por la pierna que le había quedado al descubierto, trató de cubrirse con la capa y se alejó despacio, sin darle la espalda al fortalezano—. Os... os agradezco enormemente la ayuda que me habéis dispensado, mi señor. Os ruego...

os ruego me deis vuestro nombre para poder saldar mi deuda.

—Olvídalo, luceis; no hay ningún favor que tú puedas hacerme.

El hombre sacudió las riendas de su corcel e inició una apresurada carrera que convirtió la elegante silueta del caballo en apenas un borrón negro surcando aquellas vastas tierras. Danaria sonrió. Si pocos podían ser los fortalezanos que salvaban a un dragón de una trampa y le sanaban la herida, menos serían, probablemente, los que conocieran el antiguo término con el que se denominaba a los adoradores de los dioses de la cultura y la sabiduría: luceis, «hijos de la luz que guía y enseña». Y es que quizás, después de todo, aún existieran fortalezanos capaces de hacer algo más que de blandir una espada.

*****

Danaria descendía grácilmente la escalera en forma de espiral que se hundía en la nevadas tierras de Kardunia. Los leves resplandores de los pequeños candiles que se anclaban en la pared le mostraban el camino como si de luciérnagas se tratase, titilantes y anaranjadas. El viento silbaba con insistencia entre las grutas que los ancestros de Mynsal habían cavado con el fin de proteger el valioso legado que los dioses les habían confiado.

Cuando llegó hasta lo más profundo, alzó la mirada y apenas pudo distinguir el débil fulgor de los postreros rayos solares, que morirían al oeste de Kardunia, incidiendo en Fortaleza antes de ceder ante la oscura noche. Después, se perderían en los temibles abismos de Deonnah, cuyos confines pocos conocían.

Imaginar aquello trajo a su mente al hombre que la había llevado hasta allí. No era el primer fortalezano con el que trataba, pero sus encuentros con ellos habían distado mucho de lo acontecido aquella tarde. Cierto era que él no se había mostrado agradable en ningún momento, pero todo cuanto ella había atestiguado le decía mucho más que el trato que él le había dispensado después. Solo esperaba que aquel extraño pudiera llegar a Fortaleza antes de que el sol se pusiera del todo.

Suspiró y apresuró el paso mientras avanzaba a través de las paredes de halita que conducían a la ciudad. Desde niña, Danaria solía buscar el

punto intermedio de aquellos angostos pasadizos para evitar el roce con las paredes que pudiera quebrar aquella maravilla que los sedimentos de la sal en el antiguo yacimiento mynsaliano habían creado. Sobre su cabeza, las estalactitas descendían como lágrimas brillantes detenidas en el tiempo. A sus pies, las estalagmitas las imitaban, como reflejos de un espejo inexistente. Avanzar a través de aquel pasillo la sumía en un bonito sueño que solía ralentizar su paso. Pero aquella tarde, las urgencias la empujaban a avanzar con premura.

En pocos minutos hubo llegado a la boca del túnel, donde un descendiente camino conducía hasta la ciudad. Corrió, despojándose de la capucha que cubría su castaña cabellera, recogida en una larga trenza que había perdido ya toda su tersura. De camino hacia la choza de Yareus, Danaria saludó a muchos conocidos y amigos, pero no se detuvo con ninguno de ellos, pese a que muchos la reclamaron para conocer los pormenores de su viaje, lo que había encontrado en la majestuosa tierra de Entya y las maravillas que se contaban de la travesía en las bonitas balsas ninfass remontando la corriente de Las Lágrimas del Tinma. Ya habría tiempo, pensó para sí.

Con los latidos de su corazón tan disparados como su propia respiración, la muchacha se detuvo frente a la puerta de la humilde choza en la que vivía Yareus y, sin más demora, la golpeó un par de veces.

El anciano tardó unos segundos en abrir y al hacerlo, se mostró poco efusivo con Danaria, algo que no era habitual en él. La joven entró y cerró la puerta tras de sí, mientras avanzaba tímidamente con los legajos en el tubo que los resguardaba. Siguió al anciano hasta la sala principal y lo vio sentarse con dificultad sobre el viejo sillón de roca que se situaba frente a la pequeña chimenea, cuyos conductos ascendían a través de pequeñas galerías que surcaban la tierra hasta la superficie.

La mirada gacha y la temblorosa mano con la que se tocaba la frente, inquietaron a Danaria.

—Yareus... ¿Te encuentras bien?

El hombre alzó la cabeza y trató de sonreír.

—Sí, claro, acércate.

La precaria salud del maestro no era un secreto para nadie, pero el deterioro que había sufrido desde que ella se marchase, hacía prácticamente un par de semanas, había sido más que considerable.

—Acércate, vamos —repitió el hombre—. Y cuéntame lo que has

averiguado, por favor.

Ella caminó, despacio y se arrodilló junto al anciano, mostrándole los legajos que portaba en el interior del tubo vegetal.

—La acogida de los ents fue tan cálida como cabía esperar —explicó ella—. Solo había estado un par de veces antes, pero aun así, lo recordaba bien. Alaenda es la pastora más vieja de las que pueblan el valle ahora. Hablé largo y tendido con ella, le pregunté por los desastres que están asolando Kardunia en los últimos tiempos.

—¿Y qué te dijo?

—Alaenda cree que la tierra está enfadada con nosotros. Me dijo que lo percibía en las vibraciones de sus propias raíces. También, el cielo. Pero es algo que solo está sacudiendo a las tierras capitales, no a Kardunia entera.

—El cielo y la tierra... —murmuró Yareus, con el ceño fruncido.

—Así es. Hoy, de regreso a casa, fui incapaz de hallar en el firmamento las señales que habían de guiarme hasta aquí. Las estrellas no se nos muestran, maestro. Las lluvias nos han golpeado con furia, las nevadas. La tierra ha temblado bajo nuestros pies. Es como si los dioses estuvieran enfadados con nosotros.

—No blasfemes, Danaria. Los dioses tienen otras ocupaciones. ¿Por qué están enfadados Cielo y Tierra?

—Lo ignoro y tampoco Alaenda ha sido capaz de ofrecerme una respuesta. Ella cree que hemos de averiguarlo y ponerle fin. De lo contrario... aseguró que lo peor está por venir y dijo que esta vez no será un desastre natural, aseguró que habría derramamiento de sangre.

Yareus abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca en un gesto de notable preocupación.

—No lo resistiremos —murmuró—. Mynsal no es un pueblo guerrero. Hay que averiguar qué está pasando.

—Lo haremos, Yareus.

El hombre asintió con poco convencimiento.

—Puedes retirarte, Danaria. Estarás cansada.

La joven le besó la mano al anciano y se puso en pie.

—Gracias, maestro. Iré a visitar a Treya y Dario si no...

—Los príncipes de Ofyrion se han marchado ya —le comunicó Yareus.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? Creí que se quedarían hasta el solsticio...

—Su padre ordenó su regreso sin más demora. La situación en Kardunia no invita a prolongar su estancia. Es peligroso.

Danaria bajó los hombros y trató de no hacer más evidente su decepción. En el tiempo que habían estado hospedándose en Mynsal, el príncipe, la princesa de Ofyrion y ella misma habían forjado una bonita amistad. Aquellos muchachos habían llegado hasta allí para formarse, tal y como siempre había sido tradición desde el majestuoso reino de Ofyrion, situado en las lejanas regiones de Finnis. No obstante, aquello había dejado de hacerse como consecuencia de las guerras y conflictos que habían enfrentado a muchos territorios de Deonnah y que convertían el el trayecto por mar en algo sumamente peligroso. Treya y Dario habían sido los primeros que retomasen aquella tradición después de tantos años, por expreso deseo de su madre.

—Me hubiera gustado despedirme de ellos —se lamentó Danaria.

—Lo sé, hija, pero fue una situación inesperada. La guardia del rey Bládeon se presentó aquí con órdenes de llevárselos. No podían aguardar a tu regreso, entiéndelo.

La muchacha asintió y caminó hacia la salida.

—Danaria... —la llamó Yareus, antes de que pudiera dar un paso más.

—¿Sí?

—Dijiste que te fue imposible leer el cielo. ¿Cómo pudiste entonces llegar hasta aquí?

—Un fortalezano —respondió ella, tras un largo silencio—. Él me trajo.

—Un fortalezano...

—Así es. Rescataba a una cría de dragón de una trampa en el bosque, maestro. Y después la sanó. ¿Quiere eso decir que los hay bondadosos?

El hombre permaneció pensativo durante unos segundos ante de

contestar.

—Bondadosos... —murmuró—. No lo creo. Probablemente la cría fuese un reclamo para un dragón adulto. Los cazan, te lo recuerdo.

—Pero la liberó y la curó. Después abandonó aquel lugar, regresó a Fortaleza, sin más. Y a mí no me hizo nada, aunque pudo. Quizás ellos podrían ayudarnos.

—Suele haber oscuros propósitos tras las buenas intenciones de un fortalezano, Danaria. Recuérdalo siempre. Trata de no mezclarte con ellos, mantente alejada y, por descontado, no cuentes con su ayuda.

—¿Y qué hay del derramamiento de sangre?

—Si los vaticinios de Allaenda hablan de guerra, buscaremos aliados.

Apenada, la joven asintió y abandonó el lugar.

*****

La noche era especialmente fría y el viento soplaba con fuerza, complicando las labores que Danaria y Saysa estaban llevando a cabo. Armar aquel inestable catalejo estaba convirtiéndose, prácticamente, en tarea imposible.

—Sostén la base —le pidió Saysa. Danaria obedeció en silencio—. Necesito que no la muevas.

Saysa se arrodilló en el suelo y trató de observar a través de la lente del catalejo, que se apoyaba sobre una base construida con madera de Ísalo, muy resistente y flexible, que permitía rotar el aparato en la dirección deseada.

—¿Ves algo? —quiso saber Danaria, nerviosa.

—No —musitó Saysa, unos segundos más tarde—. Nada.

Al apartarse, con la mirada aún fija en el cielo, una nubecilla de vaho acompañó su suspiro resignado.

—¿Cómo vamos a solucionar este desastre? —murmuró—. Si ni siquiera los ents pueden darnos respuestas —añadió, mirando a Danaria.

—Descubriremos qué está pasando —respondió ella.

Saysa suspiró, resignada.

—Por cierto —continuó Danaria—, ¿cómo llevas la marcha de Dario?

—Bien... supongo. Resultó un tanto repentina... Pero ya sabíamos que este momento llegaría, así que... El príncipe vuelve a su reino —concluyó, sonriendo en una mueca forzada.

—Lo siento. Sé que él y tú...

—Él y yo, nada. Y baja la voz.

Un estallido lejano les hizo volver la cabeza, sobresaltadas.

—Fortaleza... —masculló Saysa, mientras se ponía en pie—. Otra vez esos bárbaros están de celebración. Kardunia se cae a pedazos y a ellos nada les importa.

Danaria permaneció pensativa durante unos segundos.

—¿Qué están celebrando? —preguntó al fin.

—No lo sé. Cuando no es una cosa, es otra. ¿Qué más da?

Un rojizo fulgor se alzaba en el horizonte, más allá de la espesa arboleda que separaba la llanura de las rocosas tierras de Fortaleza. La ciudad de los guerreros bullía, sumida en un jolgorio habitual. Una nueva conquista, un alianza o cualquier banal excusa resultaba suficiente para dar inicio a una jornada festiva —o varias—, en las que las ofrendas a sus dioses de guerra, el alcohol y el desenfreno se alzaban en gobernantes tanto o más poderosos que su propio emperador.

—Danaria, hay algo que quiero decirte.

La joven despertó de la visión de aquel resplandor lejano que convertía la ciudad de Fortaleza en un caldero gigante.

—Dime.

—Yareus está muy enfermo, eso lo habrás notado.

—Su salud es muy precaria desde hace tiempo —respondió ella, con tristeza—, pero al regresar de Entya lo encontré muy desmejorado. Ojalá los sanadores puedan hacer algo.

—No lograrán más que prolongar un poco su vida. Se está muriendo.

Danaria clavó la mirada en el suelo. Sabía que eso terminaría por suceder, pero aceptarlo se le hacía especialmente difícil.

—Sé que está dudando entre dos personas para ceder su rol —añadió Saysa, recuperando la atención de Danaria—. Tyrion y yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa. El caso es... Yareus me ha demostrado una gran confianza en los últimos tiempos, pero sé que también tiene en gran estima a ese idiota y su mayor experiencia le posiciona por delante. Tyrion es joven, decidido, templado e inteligente.

—Y tú pareces su mejor valedora. Yareus escogerá lo opción más válida para Mynsal —respondió ella—. Y deberemos respetarlo.

—Hay un pequeño problema, Danaria. Ya sabes que Tyrion lo soluciona todo con la magia. Siempre ha defendido su uso para circunstancias banales que pueden solventarse de cualquier otra forma y no entiende que es un arte pagano que deberíamos desterrar por completo de nuestra cultura. Si él asciende al rol de maestro, la hechicería formará parte de nuestro día a día.

—¿Y qué tiene la magia de malo? La estudiamos y su uso....

—La magia corrompe, Danaria. Pregúntalo, si no en Panteón. El mal asoló a sus hechieros en forma de magia y corren rumores de que ese oscuro poder está despertando de nuevo. Una tierra fértil y viva que puedo acabar convertida en un páramo yermo y carente de todo. O recuerda las llanuras de Mythos. Sus hijos sucumbieron también ante la magia y ahora no son más que una raza sin nombre, seres extraños que se mataban entre ellos al llegar a la isla de Drey y que regresan a Mythos, buscando purificarse en los bosques de Entya. La magia solo trae mal.

Danaria había escuchado en silencio a su amiga.

—Yareus siempre dice que es el mal uso de la magia lo que la convierte en algo peligroso; no su uso en sí.

De todos era conocido el escepticismo de cierto sector de Mynsalia, liderado por Saysa, en lo que al uso de la magia respectaba. Algunos pensaban que toda la sabiduría que necesitaban se hallaba en las páginas de los libros antiguos, albergados en la extraordinaria biblioteca que se localizaba en el nivel inferior de las fabulosas galerías mynsalianas. La magia, por otra parte, tenía su origen en ciencias oscuras y de imposible explicación que escapaba a la lógica y el entendimiento, algo que buena

parte de los mynsalianos rechazaban.

—Por eso creo —continuó diciendo Saysa— que debemos dar un golpe sobre la mesa para solucionar esto y ganarnos la confianza de Yareus de forma definitiva.

—Me das tanto miedo cuando empleas ese tono... ¿Qué tienes en mente?

Saysa sonrió.

—Kardunia se cae a pedazos, pero en Fortaleza celebran sin ningún tipo de preocupación. Son bárbaros, borrachos, belicosos y mil horribles cosas más, pero aprecian su vida. En Mynsal nos devanamos los sesos buscando una solución a un mal que también les azota a ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Que deberíamos entablar contacto con ellos. Si los ents han vaticinado un derramamiento de sangre, este solo podrá combatirse con espadas y escudos. Puede que los fortalezanos sean seres despreciables, pero son los mejores guerreros de Deonnah; viven a escasas millas de nosotros y deberíamos contar con su defensa.

—Saysa, se lo sugerí a Yareus hace un par de días y se negó tajantemente.

—¿Y quién habla de pedirle permiso?

—¿Así es como quieres ganarte su confianza?

—Quiero ganármela solucionando esto, preparando a Mynsal, a sus mujeres, niños y hombres; salvando el mayor número posible de vidas. Aunque él no entienda mis métodos, acabará aceptándolos si son efectivos y determinará que merezco su entera confianza.

—¿Adónde quieres llegar, Saysa?

—¿Me acompañarías a Fortaleza?

—Por los dioses... —murmuró Danaria, compungida—. ¿Cuándo pretendes...?

—Ahora.

—¿Ahora? ¿En serio no se te ocurre una mejor forma ni un mejor momento de buscar soluciones para todo este desastre que entrando en

Fortaleza en plena noche de celebración?

—Danaria, entenderé que no quieras acompañarme y en ese caso, actuaré sola.

—Hay otras... otras posibilidades para buscar aliados. Yareus no quiere recurrir a Fortaleza y probablemente esté en lo cierto.

—Sabes que en Fortaleza están los mejores guerreros del mundo.

—Pero...

Saysa se ajustó la capucha y zanjó la conversación con su marcha. Danaria resopló y no tardó en seguirla.

*****

Si Danaria hubiera tenido que imaginar el infierno de alguna manera, seguramente lo hubiera asemejado mucho a la ciudad de Fortaleza, cuna y capital del imperio karduniano, toda vez que así lo impuso Rimsiolak, su primer gobernante, varios años atrás. En la actualidad era Úrutan quien ostentaba tal rol y a él era a quien Saysa se había empeñado en localizar.

Tratando de pasar lo más inadvertidas posible, las dos se habían ataviado con las vestimentas propias de una muchacha fortalezana, a pesar de las reticencias de Danaria. Un estrecho pantalón de piel se ceñía sobre sus piernas, concediéndole una movilidad cómoda y sorprendente, acostumbrada como ella estaba a portar las holgadas túnicas o vestidos mysnalianos. Una gruesa banda de cuero curtido le cubría el pecho, descendiendo hacia su abdomen en un sinfín de tiras más pequeñas y estrechas que se entrelazaban unas con otras y que dejaban al descubierto buena parte de su piel. El cabello, que solía recoger en una cola, trenza o moño, danzaba suelto sobre su espalda hasta su cintura y en sus brazos portaba ostentosos brazaletes de oro y pulseras que le pesaban un quintal. El rostro le picaba merced de las pinturas que lo surcaban, desde la frente hasta la barbilla, cuatro franjas verticales que emulaban la sangre del enemigo.

La joven tiritaba mientras observaba el dantesco espectáculo de hombres y mujeres ebrios, que gritaban y reían en medio de un desenfreno que a Danaria se le antojaba vergonzoso. Las teas iluminaban el coliseo donde se estaba llevando a cabo la celebración y algún tipo de extraño artefacto, desprendía un humo rojizo, que dibujaba danzantes figuras etéreas sobre

sus cabezas.

—Estoy muerta de frío —se quejaba Danaria—. No entiendo cómo pueden ir vestidos así en pleno ciclo glacial.

—Quizás si te movieras bajo el efecto del alcohol y otro tipo de... sensaciones, entrarías en calor.

—No, gracias. ¿Cómo vamos a encontrar al emperador? ¡Por los dioses! Ni siquiera creo que sea sensato.

—Debe de ser aquel —respondió Saysa, señalándolo con un gesto al hombre que permanecía sentado sobre un trono de piedra, incrustado en la grada del coliseo. De cabello largo y espesa barba oscura, sostenía una imponente corona alrededor de su cabeza.

—Me estoy mareando —murmuró Danaria.

En aquel momento, no pudo evitar preguntarse dónde estaría aquel hombre, el fortalezano que la había llevado hasta las tierras de Mynsal, sin pedirle nada a cambio y sin tocarle un solo pelo. No podía evitar imaginarlo de aquella guisa, ebrio como los demás, dando rienda suelta a la lujuria y arrastrado por los efectos del alcohol, una visión que la sumió en una poderosa decepción. ¿Cómo había podido depositar un mínimo atisbo de fe en un fortalezano?

—De acuerdo, Danaria. Voy a acercarme a él. Tú espera aquí. Si las cosas se ponen feas...

—Saysa, no es sensato —replicó ella, agarrándola del brazo—. Podemos solicitar un encuentro con ellos... durante el día, con las cosas más tranquilas.

—Sabes que Yareus no nos lo permitiría y además, se daría cuenta. Confía en mí, Danaria. Confía en mí como yo lo hago en ti. Estoy dispuesta a sacrificarme si consigo algo.

—¿Y si no?

—Mantén la fe, por favor.

—Saysa, quizás no merezca la pena correr un riesgo tan grande. Puede que Yareus te escoja a ti por delante de Tyrion y aunque no fuese así, es preferible renunciar a la magia a hacerlo a ti.

Saysa sonrió con dulzura, mientra abrazaba a Danaria.

—Te quiero, preciosa. Pero estoy completamente convencida de lo que voy a hacer.

Danaria ya no tuvo tiempo a decir nada más antes de ver cómo su amiga se alejaba, serpenteando entre la muchedumbre que se movía sin orden ni concierto sobre la arena del coliseo y en sus gradas. Llegar hasta allí no les había resultado difícil, pues las calles desiertas de Fortaleza hacían evidente cuál era el epicentro de todo para sus gentes aquella noche. Salir de allí, sin embargo, se le antojaba a Danaria tanto o más difícil que regresar desde Entya sin ser capaz de leer el cielo.

Todo su cuerpo se tensó cuando vio a Saysa llegar junto a Úrutan y reclamar su atención. El hombre se puso en pie. Era mucho más alto que Saysa. Sus brazos musculados y cubiertos de tatuajes y runas resultaban imponentes. El hombre sonrió y elevó el brazo al aire, alzando a su gesto un silencio atronador. Solo los murmullos sordos y algunas risotadas osaron desafiar la orden del emperador.

Danaria tragó saliva y vio acrecentado su temblor, producto del frío y el nerviosismo.

—Reclamo un momento de vuestra atención —exclamó Úrutan, con voz ronca y profunda—, pues esta noche nos honra con su presencia una hija de Mynsal... aunque su atuendo nos lleve a equívoco. —Los gritos y risotadas se alzaron tras el anuncio de Úrutan hasta que de nuevo el emperador volvió a silenciarlas con un gesto tajante—. La chica nos solicita ayuda. Ayuda para luchar contra los... fantasmas que los hechiceros enviarán contra el sacro imperio karduniano. ¿No es así?

—¡No son fantasmas! —gritó ella, indignada—. Los desastres naturales que han azotado las tierras capitales de Kardunia en los últimos tiempos se convertirán en otro tipo de mal en el futuro, un mal que derramará la sangre de los karduniano. Debemos luchar contra él.

—¿Y ahora recurrís a nosotros? —preguntó alguien entre la multitud.

—¡Mátala! Y envía su cabeza a la madriguera de esos sabelotodo.

—¡A mí se me ocurre algo mejor que hacer con ella!

Danaria sollozaba ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos y las voces que apremiaban al emperador a llevar a cabo auténticas atrocidades con Saysa. Incapaz de mantenerse quieta en su sitio, se encaramó a la grada y empezó a caminar a través de ella, acercándose hasta el lugar en el que su amiga y el emperador permanecían. Aprovechando que ellos dos copaban toda la atención, la joven pudo moverse con discreción y sigilo. Ni siquiera sabía qué haría una vez que estuviera allí. Matar al emperador le arrojaría encima a todos los demás

fortalezanos, pero de lo que estaba segura era de que no permitiría que nada malo le sucediera a Saysa.

Mientras avanzaba, su pie se hundió bajo un tablón de madera que cedió por su peso. De forma costosa, logró sacarlo pero algo extraño llamó su atención: una especie de bufido, acompañado de una sacudida, que la hicieron volver la cabeza y arrodillarse sobre la grada para escrutar a través del agujero que se había abierto en el suelo: algo se movía en la oscuridad, aunque esta no le permitía, apenas, distinguir forma alguna. Alzó la cabeza de nuevo ante la voz de Úrutan:

—De acuerdo, hermosa dama. No puedo prometerte ayuda, pero sí te aseguro que lo valoraré. De hecho tienes tres días para convencerme. No saldrás de aquí hasta que transcurran tres ocasos.

—¿Convenceros? —exclamó Saysa, confusa—. ¿Y cómo?

Úrutan se acercó más a ella y le dedicó una significativa mirada que le recorrió el cuerpo de arriba a abajo.

—Seguro que tienes recursos.

Danaria sintió un escalofrío y casi dio gracias al hecho de estar arrodillada, pues de lo contrario se habría desplomado, llamando la atención de todos. Una nueva sacudida bajo su cuerpo, la hizo recuperar la atención en lo que fuese que se ocultaba bajo la estructura de la grada en el coliseo y, dado que todos continuaban pendientes de lo que acontecía con el emperador y la mynsaliana, Danaria prendió un pequeño haz de luz mágica que acompañó hasta el agujero.

—Solo es luz —se repetía, tratando de justificarse a sí misma el uso de la magia—, solo luz...

La silueta de un enorme minotauro se sacudió contra la pared de madera del pequeño habitáculo que ocupaba. El animal gruñó y golpeó con sus vastos cuernos, una de las tapias que lo mantenía cautivo. Danaria alzó la cabeza rápidamente y sus ojos claros se encontraron con los de Saysa, cuyo brazo ya había sido apresado por la mano de Úrutan, que la arrastraba lejos de allí.

Danaria se puso en pie y apenas llegó a dar dos zancadas cundo Saysa negó con la cabeza, apremiándola a marcharse. Entonces, el férreo agarre de una mano la sujetó también del brazo, arrastrándola de allí. Un fortalezano.

—¡Suéltame, malnacido! —gritó, aterrada. El miedo casi le doblaba las

piernas, pero la rabia era aún más fuerte en su interior.

El fortalezano avanzaba con premura, sin cuidar si quiera los continuos tropiezos que daban con las rodillas de Danaria en el suelo. Los demás hombres y mujeres con los que se cruzaba, sonreían o la reclamaban para sí. Pero aquel que la arrastraba no se detuvo con ninguno. El miedo creció en el corazón de Danaria cuando el griterío quedó atrás y él la llevó hasta una zona mucho más solitaria. Allí, la empujó, haciéndola caer al suelo.

—Sal de aquí, si no quieres acabar como tu amiga.

Danaria entrecerró los ojos y reconoció de inmediato al hombre que hacía apenas un par de días la había llevado sana y salva a Mynsal.

—Por los dioses —exclamó dudosamente aliviada—, necesito tu ayuda.

—Pues creo que acabo de prestártela, así que lárgate de aquí.

Dio media vuelta y apenas consiguió caminar dos pasos antes de que Danaria se incorporase y lograra sujetarlo del brazo, dedicándole una mirada suplicante.

—Por favor... ¿qué le harán?

—No creo que quieras saberlo.

Danaria lo soltó y empezó a sollozar mientras seguía temblando. En aquel momento, una mujer se asomó desde el acceso al coliseo.

—¿No vienes, Yxos?

Él aún tardó unos segundos en responder:

—Enseguida voy.

—Tráela —sugirió la mujer con una sonrisa—. Sabes que no me importa.

La recién llegada volvió a desaparecer y el desasosiego creció aún más en el corazón de Danaria, que le dio la espalda al fortalezano y empezó a caminar, alejándose.

—¿Para qué habéis venido? —quiso saber él.

Danaria no se detuvo, pero no tardó en percibir los pasos del fortalezano, siguiéndola.

—Ha sido un error... —murmuró—. Se lo advertí a Saysa, pero no me hizo

caso. Nunca hace caso.

—Sin duda, ha sido un error.

Danaria se detuvo y se volteó, con los brazos cruzados, tratando de protegerse del frío y de todo cuanto enseñaba de más para su comodidad.

—¿Por qué tenéis a un minotauro encerrado bajo la estructura del coliseo?

El hombre guardó silencio, sorprendido por la pregunta.

—Es uno de los seis símbolos sagrados de los dioses —añadió ella—. Minotauros, unicornios, pegasos, fénix, dragones y krakens. Son intocables. Las criaturas que ellos trajeron hasta este mundo.

—Vuestros dioses —la corrigió él—, no los nuestros.

—Todo lo que está sucediendo, los desastres naturales que han dañado a Mynsal y también a Fortaleza... han de tener su origen en eso. ¿Cuánto hace que lo cazasteis?

—Todo lo que dices es absurdo.

—¿Cuánto hace? —exigió saber ella, regresando sobre sus pasos.

—No me grites —le reclamó él—. Hará cosa de medio año —añadió tras un largo silencio—. Cerca de Presagio.

—¿No te das cuenta de que es el tiempo que lleva sucediendo todo? Los ents han anunciado un derramamiento de sangre. Saysa quiso pediros ayuda, pero no... Vosotros tenéis la culpa de la ira que el cielo y la tierra nos profesan. Tenéis que liberar al minotauro.

—¿Los pastores de árboles anuncian sangre?

—Así es. Si liberáis al minotauro tal vez logremos evitarlo.

—Úrutan no accederá. Es la gran atracción de las celebraciones fortalezanas. Hacía mucho tiempo que no se lograba dar caza a uno.

—Tú liberaste una cría de dragón de los bosques; no puedes estar de acuerdo en esto. La vieja estructura del coliseo en una ciudad de bárbaros no es lugar para un animal sagrado.

—Bárbaros... —murmuró Yxos, dedicándole a Danaria una sonrisa

ladeada.

—Ayúdanos, por favor. También vuestro destino está en juego. No os dejarán al margen; mucho menos si sois quienes estáis provocando la ira del cielo y la tierra.

—Imposible —sentenció Yxos—. Si nos atacan, lucharemos; sean los despiadados guerreros de cualquier apestoso reino enemigo, lo eruditos de Mynsal, los magos de Kardunia o cualquiera de los dioses a los que los hijos de Deonnah veneran. Sean quienes sean aquellos que osen desafiarnos, lucharemos.

—Eso costará vidas. Muchas.

—La muerte es parte de la vida. Vosotros sois estudiosos; deberíais saberlo bien. Y ahora sal de aquí.

Consciente de que no iba a lograr obtener nada de aquel fortalezano, Danaria dio media vuelta y empezó a caminar.

—La salida no es por ahí —le indicó él.

—No busco la salida. Busco el castillo del emperador.

—¿Para qué? —preguntó Yxos, mientras empezaba a seguirla.

—¿Crees que voy a dejar ahí a mi amiga?

—Lo que creo es que si te metes en la boca del lobo, acabarás convertida en otro de sus juguetes.

—Cosa que a ti no debe importarte en absoluto —zanjó, mientras seguía andando.

Yxos la siguió de nuevo y la agarró del brazo, ocasionando que ella se voltease con gran rapidez y le sesgara el brazo con la daga que había extraído de su bota, originándole un corte en el antebrazo. La joven permaneció en actitud amenazante, mientras él observaba la herida.

—No me toques —exigió ella.

Yxos sonrió.

—Al menos no es un palo...

Tres hombres aparecieron de forma repentina, envueltos en sus

estridentes risotadas y gritos.

—¡Yxos! —exclamó uno de ellos—. ¿Quién es?

—¡Dámela! —bramó otro, mientras avanzaba hacia Danaria.

—Luego ven conmigo, preciosa.

Yxos se interpuso en el camino de los tres.

—Lo siento, señores. Aún es mía.

Danaria se tensó y empezó a temblar de nuevo, mientras agarraba con fuerza la empuñadura de su daga, que aún mostraba en lo que trataba de ser una advertencia.

—Vamos, no seas egoísta...

—La quiero solo para mí —concluyó Yxos—. Tened un poco de paciencia si la queréis.

Sin más demora, aferró a a Danaria del brazo y la arrastró lejos de allí. La joven apenas opuso resistencia, pues haber de enfrentarse a un único fortalezano, lejos de los demás, le concedía más posibilidades que verse las caras con cuatro de ellos. Dejar atrás el coliseo, le generaba una angustia demoledora, pues también Saysa se quedaría allí, pero ahora que creía tener la certeza de lo que estaba originando la ira de cielo y tierra, debería buscar una solución y, además, debería hacerlo rápido.

Cuando se dio cuenta, Yxos sonreía mientras avanzaba sin soltarla. La salida de Fortaleza estaba ya cerca y los relámpagos se prendían en el cielo, amenazantes, cuando ella se zafó.

—¿De qué te ríes, idiota?

Él alzó una ceja, sorprendido.

—Nunca empuñes un arma si no sabes utilizarla —respondió él—. Podría ser la que rubricase tu fin.

Danaria hizo un par de filigranas con la daga y se abalanzó sobre Yxos, que la esquivó con un movimiento veloz. El fortalezano la miró, con un gesto de visible complacencia. Pero antes de que pudiera hablar, la joven volvió a embestirle. Yxos la sujetó del brazo y contuvo la acometida, cuando Danaria trató de propinarle una patada sin llegar a conseguirlo. Lo que sí alcanzó a hacer fue asestarle un soberbio puñetazo y cuando él tiró de ella, iracundo, todo se detuvo. La respiración de Danaria era veloz y rebotaba contra la boca de Yxos, a apenas unos pocos centímetros de la

suya.

—¿Sabes que hay algo que deseo hacer desde que te vi en el bosque?

—Yo de ti no lo haría —respondió ella con soberbia.

El joven bajó la mirada y sonrió al comprobar que la otra mano de Danaria sostenía otra inesperada daga, apuntándole directamente al corazón.

—Vaya...

La soltó y se llevó la mano al pómulo, donde ella lo había golpeado.

Danaria continuó caminando, sin darle la espalda a Yxos, que la observaba, inmóvil.

—El principio de la justicia divina —dijo entonces. La muchacha se detuvo y frunció el ceño, desconcertada—. Los dioses no castigan a quienes no les ofenden. ¿No consiste en eso su más elemental principio?

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros tenéis vuestros dioses y nosotros, los nuestros. Pero Kardunia está sufriendo por igual la ira del cielo y de la tierra, ¿no es así?

—Las tierras capitales, así es —respondió ella, aún tiritando.

—Pues creo que ha llegado el momento de desenterrar al viejo Fyros.

—¿Fyros?

—¿Qué sabes de él?

—Un... antiguo dios. ¿Cómo sabes tú de su existencia?

Yxos se encogió de hombros.

—Apenas sé nada de él. No hay libros en Fortaleza.

—Pero sí los hay en Mynsal.

Capítulo 3

Capítulo 2

Danaria no había podido dejar de temblar, máxime tras la carrera que el caballo de Yxos había emprendido hasta recorrer las llanuras para llegar a la entrada subterránea de Mynsal, con el viento frío golpeándoles en el rostro. Desmontaron con la noche cerrada aún sobre sus cabezas y los relámpagos lejanos advirtiendo de amenazas mucho más temibles que una simple tormenta.

—¿No hay guardias a la entrada? —preguntó Yxos, confuso.

—No. Aquí no hay tesoros ni oro ni nada por el estilo. Guardamos solo libros.

—Solo libros... —murmuró él.

Después de dejar atrás la escalera en forma de espiral y las grutas que conducían hasta los niveles inferiores, Danaria paseaba entre las interminables estanterías, abarrotadas con un sinfín inagotable de libros, buscando aquellos que Yxos le había solicitado, libros que no lograba encontrar. Frustrada, regresó hasta la sala principal, en cuyo centro se abría un pequeño lago de aguas verdosas. Yxos permanecía agachado frente a él, con gesto pensativo.

—No encuentro nada —le anunció ella.

—¿Por qué hay un lago en medio de la biblioteca?

Danaria frunció el ceño y se acercó más a él.

—No lo sé. Es algo... ornamental...

—Ornamental...

Yxos se puso en pie y se despojó del jubón de piel que portaba, mostrándole a Danaria un torso firme y bien definido, cubierto en buena parte por las pinturas típicas de Fortaleza, sus signos, sus runas y las marcas de los dioses, además de las cicatrices propias de todo guerrero avezado en el arte de la lucha. La joven se quedó embobada, mirándolo mientras el rubor le acaloraba las mejillas.

—¿Qué vas a hacer? —logró preguntar.

—Buscar donde tú no lo has hecho. Donde probablemente, nadie lo ha hecho.

Sin tan siquiera pensárselo, saltó de cabeza al lago y su figura se perdió en la profundidades.

—Fortalezanos... —masculló Danaria.

Observó el entorno, preocupada ante la posibilidad de que alguien pudiera llegar hasta allí y descubrir la presencia de un fortalezano en el lugar más sagrado, junto al templo, de Mynsal, un acto que, sin duda, acarrearía un severo correctivo; no un castigo físico, pero sí uno que le recordase lo inconveniente de volver a llevar a cabo aquello. Los segundos transcurrían y el nerviosismo se acrecentaba en la boca de su estómago. Se arrodilló junto al lago y trató de escudriñar algo en sus verdosas aguas, que adquirían aquella tonalidad, merced de la gran cantidad de algas que crecían en el fondo. Yxos apareció de repente, topando su cabeza contra el rostro de Danaria, que cayó hacia atrás, profiriendo un pequeño grito. El muchacho se mantuvo en el agua y se apartó el cabello hacia atrás, mientras observaba a la joven con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

—Esperarte, qué otra cosa si no.

La muchacha se llevó una mano a su sangrante labio mientras él colocaba sobre el suelo un grueso volumen de envejecida cubierta negra.

—¿De dónde... dónde lo has encontrado? —preguntó Danaria, acercándose de nuevo.
Yxos salió del agua y tomó asiento en la orilla, con los pies aún a remojo.

Ella lo miró al no recibir respuesta y se encontró con el rostro del guerrero observándola con gravedad. Por primera vez lo vio libre de las franjas rojas que solían surcar su cara, pinturas de guerra que el agua había eliminado y que le permitían distinguir unas bonitas facciones, unos ojos claros y unos labios carnosos y sugerentes.

Yxos paseó su dedo pulgar sobre la sangre que manaba del labio de Danaria, allí donde él mismo la había golpeado al salir.

—Lo lamento... —murmuró, con la respiración aún agitada por el tiempo bajo el agua.

Ella aún necesitó unos segundos para reaccionar ante aquel contacto, la

abrumadora mirada del fortalezano y la dulzura en su voz.

—No es nada —respondió—. ¿Cómo sabías que estaba ahí?

Yxos tomó el libro y lo abrió con cierta dificultad, al estar la tapa pegada prácticamente a las páginas amarillentas, convertidas casi en pergaminos. Danaria se acercó aún más.

—No lo sabía, pero... ¿Crees que los libros que hablan de cosas prohibidas están el alcance de todos? —preguntó el muchacho.

—Cosas prohibidas...

El joven pasaba las páginas con el ceño fruncido, valorando todo aquello que venía allí plasmado. Danaria, por contra, era incapaz de mirar otra cosa que no fuese a él, a las gotas de agua resbalándole sobre el pelo; su pecho subiendo y bajando, mientras acompasaba la respiración y sus manos, llenas de heridas y cortes, deslizándose sobre las páginas con cautela.

—Dijiste que conocías a Fyros —le dijo el guerrero, despertándola de su embelesamiento—. ¿Qué sabes?

—Bueno, lo único que sé de él es que era un dios al que mencionaban los libros antiguos. Su existencia nunca pudo probarse y los sabios determinaron que solo había sido una invención, una forma metafórica de explicar los orígenes de los verdaderos dioses.

—Bien, pues no es cierto.

—¿Ah no?

—No. Fyros fue el primer dios, ascendente de todos los que vinieron después y venerado por gran parte de Kardunia en los orígenes —le explicó, mientras seguía pasando las páginas del libro, como si buscase algo en él; algo que acompañara a todo lo que ya sabía—. Inicialmente se pensó que se trataba de un dios adorado en toda Deonnah, pero al parecer no había evidencias de ello en los demás territorios; ni siquiera en toda Kardunia. En Panteón no saben qué es un dios, tal es su egocentrismo, que solo se adoran a sí mismos; Isla de Drey no es más que un nido de ratas que desembarcan en las costas de Mythos buscando redención. Y en Lungeon, la legión de Acero se devana los sesos tratando de parecerse en algo a Fortaleza. Si adoran a alguien, desde luego es a nosotros. No hay evidencias en sus libros de historia de otra cosa. Por último... las regiones de Finnis. Arena y polvo. Venerarían a una serpiente si se cruzase con ellos, incapaces de identificarla; demasiado insignificante

para Fyros. Sus dioses son menores y no tan antiguos como él.

—El sempiterno desprecio de Fortaleza —respondió ella—. ¿Existe alguien en Deonnah que merezca vuestro respeto?

Yxos la miró.

—¿Podemos centrarnos? —preguntó.

—Eres tú quien ha insultado a todos.

—¿Y qué importan ahora todos? Estamos hablando de Fyros.

—Me cuesta hablar cuando mi interlocutor profiere continuas faltas de respeto. No estoy acostumbrada a tan pésima educación. Para tu información, Panteón es la cuna de la magia, un lugar que los libros describen como una auténtica maravilla. La isla de Drey posee ciudades prósperas como Lungeon, cuya legión, por cierto, resultaría para vosotros un digno adversario, según sé. Y por último, la región de Finnis, que es mucho más que arena y polvo; te lo aseguro. En el castillo de Ofyrion, los reyes valoran el conocimiento, la sabiduría y los libros bastante más que en Fortaleza.

—¿Has acabado ya?

Danaria puso los ojos en blanco y él continuó hablando.

—En Kardunia..., cuando los enfrentamientos entre fortalezanos y mynsalianos empezaron a darse, los unos quisieron eliminar todo rastro de los otros, incluidos los dioses a los que veneraban. Resultaría horroroso que un mynsaliano venerase al mismo dios que un fortalezano, ¿no te parece?

—Me lo parece. Honramos a cosas muy distintas.

—Pues sucedió mucho tiempo atrás. Fyros, un dios común. Y probablemente aún hubiera referencias más antiguas, pero las últimas datan de unos cuatro o cinco ciclos en el tiempo.

—Si vosotros le honrabais y nosotros dejamos de hacerlo, sería por algo.

—Ya te lo he dicho: vosotros dejasteis de hacerlo porque nosotros lo hacíamos. Y al revés sucedió lo mismo. El caso es que Fyros cayó en el olvido. Y hoy parece reclamar su lugar.

—¿Tiene la caza del minotauro algo que ver?

—Probablemente. Esta es la representación gráfica que se le da a Fyros.

Danaria apoyó su mano sobre la pierna de Yxos, de forma inconsciente y observó la ilustración de aquel libro.

—Un minotauro. Lo dicho, la culpa es vuestra.

Sus ojos se encontraron con los de él a pocos centímetros.

—Las antiguas culturas kardunianas —respondió el joven guerrero— lo representaban como un águila. Y mitos comunes aseguran que recorría Kardunia convertido en águila, mientras que cuando caminaba sobre la tierra lo hacía como un minotauro. ¿No son las águilas vuestras esclavas mensajeras?

—¿Esclavas? —exclamo ella, casi escandalizada—. No son... Ellas solo... ¿Qué tratas de decir?

—Que ni unos ni otros hemos puesto mucho de nuestra parte en contentar al dios olvidado. Y su ira ha despertado.

—¿Cómo sabes tanto sobre mitología y teología? Sobre botánica, alquimia, historia...

—Mi madre nació en las tierras de Mythos, en la costa de Ikatán. Allí los libros sí eran verdaderos tesoros.

—¿Insinúas que aquí no?

—Eso es. Los guardáis, no los salvaguardáis, convencidos de que nadie perdería su tiempo en robarlos porque... ¿cómo era? Solo son libros.

Danaria fue consciente entonces de que continuaba apoyada sobre la pierna de Yxos. Apartó la mano, rápidamente y él se puso en pie.

—Pero tu padre era un fortalezano, ¿no? —quiso saber ella, también incorporándose—. Y allí los libros solo son objeto de piras y hogueras.

—A veces hay que esconderse para acceder a aquello que buscas, ¿no te parece?

—Lo que está claro es que hay que liberar al minotauro. Tal vez así, la ira de Fyros se aplaque y podamos evitar el derramamiento de sangre.

—¿Qué hay de las águilas?

—Llevamos mucho tiempo utilizándolas como mensajeras. No como esclavas. Y nada había ocurrido hasta ahora. Vuestra caza indiscriminada

de dragones y ahora también de minotauros es la que he despertado la ira de Fyros. En vuestra mano está revertir la situación.

—Si no tuvierais parte de culpa, esto seguiría sin cuadrar con el principio de la Justicia Divina, pero supongo que es un inicio.

El hombre recuperó el jubón y caminó con él en la mano hacia la salida.

—Espera —le solicitó Danaria. Yxos se detuvo y la miró—. No puedes hacerlo solo. Liberar al minotauro y convencer a ese malnacido de Úrutan para que luche por nosotros. Porque... es lo que crees que hay que hacer, ¿no es cierto? Luchar unidos —preguntó, temerosa de una posible negativa.

—Úrutan baja la guardia conmigo más de lo que le agradaría, aunque ni siquiera así puedo prometerte nada.

—Yxos, por favor —Danaria le sujetó de la mano, clavando la mirada de él en aquel gesto. Lo soltó de inmediato, convencida de que aquel osado contacto había molestado al fortalezano—. Aguarda.

Caminó hasta una de las estanterías y extrajo un volumen de tamaño mediano y tapas azuladas, que dejó caer sobre la mesa que había junto al lago. Él se acercó y no pudo esconder su sorpresa ante lo que veían sus ojos.

Danaria sonrió, complacida.

—Parece que el dios Fyros no fue lo único que Fortaleza y Mynsal tuvieron en común alguna vez. También los pasadizos subterráneos. Aparentemente conectaban las dos ciudades muchos años atrás —le explicó mientras pasaba las páginas. Él volvió a ponerse el jubón y se colocó junto a la muchacha, observando con atención los planos que mostraban las viejas páginas—. Ignoraba que los túneles llegaban hasta el coliseo pero ha de haber algún modo de abrirle acceso al minotauro por debajo de Fortaleza hasta liberarlo. Nadie se enteraría. Si ese hijo del diablo que se ha erigido en emperador cree que la fuga de su minotauro tiene algo que ver con todo este desastre, tal vez acceda a prestar las espadas de Fortaleza a la causa.

Yxos observaba el libro sin decir nada.

—Increíble —murmuró al fin—. Hay galerías que conducen hasta Panteón por debajo del agua...

Danaria apartó el libro rápidamente.

—¿Puedes centrarte en lo que nos atañe?

—¿Las utilizáis? ¿Viajáis hasta Panteón?

—Las galerías de Mynsal conectan la ciudad con muchas ubicaciones. Algunas son inservibles. Datan de mucho tiempo atrás.

—¿Puedo llevarme el plano? —preguntó Yxos, tras un corto silencio—. Me interesan las que conectan Fortaleza y Mynsal. Podrían facilitarme mucho las cosas para liberar al minotauro.

Danaria dudó unos segundos.

—Claro...

Cuando se disponía a arrancar aquella página, la mano de Yxos la detuvo, colocándose sobre la de ella.

—Un libro roto es como un guerrero mutilado, luceis. O me lo llevo entero o no me lo llevo.

Danaria dudó.

—Si el libro cae en malas manos...

—Caerá en mis manos. Juzga tú si son buenas o malas.

Danaria observó la mano del muchacho, aún sobre la suya.

—Nadie más debe verlo. Que todas esas galerías se conociesen sería al perdición para Mynsal.

—¿Crees que un libro es un objeto de alarde en Fortaleza? Él acabaría en la hoguera y yo, con unos cuantos latigazos.

Danaria guardó silencio.

—Está bien —volvió a decir él—. Quédatelo. Me las ingeniaré para...

—Toma —zanjó la muchacha, entregándoselo.

Después sonrió, algo más relajada.

—¿Cómo sabes que a los mynsalianos también se nos llama luceis?

Yxos recogió el libro sin responder a la pregunta que Danaria le

formulaba.

—Dame una jornada para prepararlo todo. Las celebraciones durarán hasta mañana, pero hasta el alba no requerirán al minotauro para su participación. Si todo va bien, en ese momento ya no estará, aunque necesitaré toda la noche. Después hablaré con Úrutan.

—¿Cómo conseguirás que ese ignorante te escuche?

Yxos sonrió.

—Ese ignorante es mi hermano. Suele escucharme.

Danaria abrió mucho los ojos y se tragó una maldición.

—Tranquila. No entendería otro modo de pensar.

—Yxos —lo llamó de nuevo antes de que él se marchase—, cuida a Saysa, por favor. No permitas que... No dejes que tu hermano...

—No puedo prometerte nada. Pero lo intentaré.

—¿Por qué sois tan diferentes? —preguntó ella, incapaz ya de sostener las lágrimas al evocar la compleja situación de su amiga. Avanzó unos pocos pasos y de nuevo sujetó la mano de Yxos, sin importarle ya que él pudiera rechazar su contacto, algo que no sucedió.

—Úrutan se crió con mi padre, en Fortaleza —respondió él—. Una educación destinada a ocupar el trono. Mi madre aceptó trasladarse hasta allí, pero solo pudo aguantar dos inviernos. Después abandonó a mi padre, embarazada ya de mí. Guardó silencio y aceptó al mayor de sus hijos como perdido. Él nunca sería lo que ella deseaba, pero quería evitar lo mismo conmigo. Sin embargo, mi padre fue a buscarla algunos años después y se enteró de todo; me arrancó de sus brazos y me arrastró hasta Fortaleza. Yo tenía seis años. No volví a verla, pero me había inculcado ciertos aprendizajes que ni mi padre ni mi hermano pudieron arrebatarme, a pesar de todo.

—A pesar de todo... —murmuró Danaria, sonriendo.

—A pesar de mi educación fortalezana. Respeto, empatía, compasión, justicia... Todo a través de los libros. Antes me preguntaste si había algo que un fortalezano respetase, además de a sí mismo. Te diría que no, pero trato de hacerlo cada día de mi vida. Mi madre solía pensar —añadió— que es mágico coincidir con una persona en un momento determinado de nuestra existencia, atendiendo a la vastedad del universo y al inmensurable concepto del tiempo. Los libros prolongan esa capacidad, hacen que dos personas que no pudieron encontrarse en medio

de toda esa complejidad, puedan hablar de algún modo. Ella y yo estuvimos juntos apenas seis años de los veintidós que tengo. Pero a través de esos libros, me transmitió muchas cosas aun sin estar ya juntos; cosas que trato de sobreponer a mí mismo.

—Realmente es mágica la coincidencia... —respondió ella, mientras acariciaba aún la mano de él, ambos en silencio—. ¿Dónde está ahora tu madre?

—Murió. Nació en Mythos, como te he dicho. Supe que algún tipo de mal se había adueñado de muchos de aquellos que se habían establecido en la isla de Isla de Drey. La raza de mi madre viajaba a lo largo y ancho de Deonnah compartiendo sus dones para facilitar la vida de los demás de forma desinteresada. En Isla de Drey sufrieron un accidente y allí... muchos se corrompieron, se volvieron en contra de su propia gente. A ella la mataron. O eso me contaron emisarios de mi padre en tierras mágicas.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—Bueno, supongo... Había una mujer esperándote en Fortaleza. Estáis de celebración, ¿no?

Yxos sonrió discretamente.

—No creo que me esté esperando aún.

La soltó, despacio, y sin prisa, abandonó el lugar, dejando en Danaria una sensación extraña, un vacío que experimentaba por primera vez en su vida al ver marcharse a una persona.

Sin más demora y tratando de mantener ocupada su mente, recopiló unos cuantos libros de las estanterías de madera maciza y complementó la información que Yxos se había llevado sobre los caminos subterráneos que, años atrás, habían conectado a Mynsal con Fortaleza y con otras tantas ubicaciones más alrededor de Deonnah. No podía permitir que él solo lidiase con todo aquello, arriesgándose a ser descubierto y castigado. La posibilidad la hizo estremecer. ¿Qué clase de represalia podría esperarle? Yxos era el hermano del emperador, pero dudaba de que aquello resultase suficiente para concederle un acto de piedad.

*****

Cuando regresó a Fortaleza, el alba empezaba a clarear ya en el norte. Yxos solía preguntarse desde dónde ascendería el astro rey, habida cuenta de que los confines de Deonnah culminaban con un enorme abismo de caída incierta, conocido como El Vacío, donde todo aquello que se precipitaba se perdía para siempre. No eran pocas las historias que había leído sobre delincuentes, traidores y demás calaña a la que los antiguos bárbaros de la actual región de Finnis abandonaban en débiles y quebradizas embarcaciones a la deriva para que acabasen perdiéndose en el fin del mundo conocido.

Cuando entró en sus aposentos se detuvo, sobresaltado, al encontrar a Úrutan sentado sobre el regio sillón que se colocaba junto a la chimenea. Ocultó el libro a sus espaldas, bajo la capa y trató de mantenerse sereno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—¿De dónde vienes? —preguntó Úrutan, sin moverse—. La celebración ya ha terminado y he pasado media noche buscándote.

—¿En serio tengo que explicártelo? —respondió Yxos, sonriendo.

Úrutan le devolvió la sonrisa, mientras se ponía en pie.

—Supongo que no. Pero es posible que tus arrebatos amorosos con cualquier fortalezana te impidieran asistir a lo que aconteció. Una mynsaliana...

—Estoy al tanto —lo interrumpió Yxos—. Vino a pedir ayuda, ¿vas a prestársela?

—¿Hablas en serio? —Úrutan caminó a través de la habitación con paso sereno y la mirada fija en el suelo—. Acabo de declararle la guerra a esos bastardos de Lungeon. ¿Crees que voy a dividir mi ejército para defender las vidas de los iluminados de un... vaticinio ent sobre un derramamiento de sangre?

—No, claro que no. ¿Crees que es sensato entrar en guerra con la Legión de Acero ahora?

—¿Y quién habla de sensatez? —inquirió, colocándose frente a la ventana.

Yxos aprovechó que su hermano le daba la espalda para dejar caer el libro sobre su lecho y ocultarlo bajo la almohada. Después tomó asiento allí mismo, mientras se quitaba la capa.

—He enviado a un emisario para encontrarse con esa mujer, la tal Lorsaith—le explicó Úrutan, mientras se volteaba—. Mis espías en Drey aseguran que lidera a un ejército de mujeres, algo así como una resistencia contra la Legión de Acero. ¿Te imaginas? Le daría el primer zarpazo en su propia casa, sin poner un pie allí. Y mientras tratasen de resistir a la escabechina... la flota fortalezana atacaría por mar. Un par de jornadas de navegación hasta allí y serán historia. Si logramos derrotarlos y acabar con esos bastardos, anexionar Drey al imperio será cuestión de semanas.

—Sigo sin entender que te tomes tantas molestias por esa isla. Es pequeña y apenas posee un par de ciudades que merezcan el esfuerzo de...

—Hermano, por los dioses. Estamos hablando de Lungeon, las tierras del Acero. No soy idiota, aquel que posea El Bastión, poseerá también un verdadero tesoro en la guerra. Dicen que es inexpugnable. Por eso necesito a la legión de Acero fuera de él y a la nuestra, dentro. La isla de Panteón queda a pocas millas por mar. Si queremos acabar con la magia en Deonnah, hay que arrasar ese sitio y desde Drey resultará mucho más sencillo.

—Siempre quisiste a Lungeon de tu parte...

—No soy idiota, Yxos. Meterse en problemas con la legión de Lungeon va a suponer un duro desgaste, pero el golpe de efecto que lograríamos bien merece la pena. He sopesado pros y contras, créeme; he escuchado a consejeros, asesores y incluso a magos —escupió—. Pero estoy hastiado de esta paz tensa que nos sitúa a unos frente a otros. Todos sabemos que Deonnah es demasiado pequeña para Fortaleza y Lungeon. Quiero que mañana a primera hora te reúnas con los hechiceros en las mazmorras. Quiero que sigáis dándole forma a la magia oscura, la que los destrozará a todos para después destrozarse a sí misma. En un mundo sin magia, nadie podrá contra Fortaleza.

—¿Y qué vas a hacer con la mynsaliana? —añadió Yxos, recostándose sobre su cama.

Úrutan sonrió.

—¿Por qué? ¿La viste? ¿Te agrada?

Yxos forzó una sonrisa, mientras asentía.

—Te la cederé, si es de tu agrado. Pero antes la necesito. Invoca magia. Admito que los mynsalianos siempre me parecieron tan insignificantes... Perdidos continuamente entre las apestosas páginas de esos libros en los que creen encontrar respuestas a todo... —Úrutan hablaba con un notable

desprecio—. Pero son demasiado accesibles y supongo que no debo subestimar su poder.

Úrutan caminó hacia la salida.

—Quiero que estés preparado a primera hora de la tarde, hermano. Por lo pronto, duerme un rato y recupera fuerzas. No quiero distracciones.

Cuando el emperador hubo abandonado la habitación, Yxos resopló y se llevó las manos a los ojos, apretándoselos con fuerza.

Capítulo 4

Capítulo 3

La noche anterior no había logrado pegar ojo. Al nerviosismo por la situación en la que Saysa pudiera encontrarse y también el propio Yxos, sumaba las horas que había pasado recopilando información sobre el laberinto de pasajes subterráneos que pudieran llevar al minotauro fuera de Fortaleza sin levantar sospechas. La campana había indicado ya el fin de la actividad en Mynsal y por tanto, Danaria sabía que todos estarían durmiendo. Tea en mano, descendió hasta los niveles inferiores, por debajo incluso de la biblioteca, y dispuesta a conjurar la magia para abrir los accesos que pudieran estar sellados. La hechicería solo podía utilizarse en caso de extrema necesidad, pero dadas las circunstancias, la joven estaba convencida de que valdría la pena. Había dejado atrás un pasadizo oscuro que, según los planos, algún día debió conducir hasta Panteón. La tentación de seguirla era grande, pero habría de esperar.

En apenas unos diez minutos, el camino la llevó hasta la llanura que conducía a los Lagos de Presagio. Si el minotauro llegaba hasta allí, huir no debería resultarle difícil. Nunca había visto a uno, más allá de las escasas sombras que había podido distinguir en el coliseo de Fortaleza, pero sabía perfectamente que la envergadura del animal era más que considerable y por tanto, debía optar por los pasillos más amplios aunque no fuesen los más directos. Regresó de nuevo a los pasos subterráneos y continuó abriendo portales y deshaciéndose de las losas que cerraban los caminos. La magia siempre había sido una poderosa aliada para los mynsalianos, aunque algunos renegasen de ella y, en general, de todo aquello que la ciencia y los libros no pudieran explicar con lógica. Aquella era la gran razón por la que Saysa estaba dispuesta a sacrificarse. ¿Cómo habría logrado llegar hasta allí sin poder hacer uso de la magia? —se preguntó Danaria.

Apoyó la espalda sobre la roca de la gruta y trató de descansar unos segundos. El aire era pesado y atufaba a humedad. Durante su labor, había llegado, incluso, a topar con dos cadáveres ya esqueletizados que le habían puesto los pelos de punta.

Cuando sus pasos la llevaron hasta Fortaleza, el griterío empezó a hacerse audible sobre su cabeza y Danaria no pudo evitar que el temor se adueñase de ella con cada puerta que tumbaba, pues la posibilidad de que el minotauro estuviera detrás de una de ellas crecía a cada paso que daba. A aquellas alturas, los planos eran ya confusos y no podía estar

convencida del lugar exacto en el que se encontraba.

Se detuvo, de pronto, al escuchar un estruendo al otro lado. La tapia que sellaba la puerta de acceso aún estaba en pie y por un momento temió que Yxos hubiera escogido otro camino y que las puertas que ella había abierto, resultasen trabajo baldío. Pero para su sorpresa, sin embargo, el muro de roca se tumbó súbitamente al tiempo que ella reculaba, asustada, y no tardó en topar con el magullado rostro de Yxos, cuya mano refulgía, emitiendo un tenue resplandor azulado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó él, desconcertado.

Ella alzó la mirada hacia su rostro y balbuceó:

—Yo... los... He abierto los accesos hasta la llanura... pero...

—¡Pues corre!

Sin detenerse a preguntar, Danaria dio media vuelta y arrancó a correr. Detrás de ella, no solo podía percibir los pasos de Yxos, sino también la mano del muchacho sobre su cintura, apremiándola a mantener la velocidad.

—¡Vamos, vamos! —gritó.

Danaria cayó al suelo e Yxos la alzó, sujetándola de la cintura. En aquel momento ella pudo comprobar que aquel haz de luz continuaba prendido en la mano del muchacho. Pero no hubo tiempo para agradecimientos ni para palabra alguna. Los bufidos y gruñidos que los seguían, advertían de lo peligroso de la situación y, tras una alocada carrera a través de los angostos pasadizos que minaban Fortaleza y buena parte de la llanura hasta Mynsal, respiraron de nuevo el aire frío de la noche. Danaria tropezó otra vez al salir a campo abierto y, sin detenerse, Yxos la sujetó del brazo, prácticamente arrastrándola y evitando, así, la embestida del minotauro. Aún sin detenerse, volvió a alzarla de la cintura y corrió en dirección opuesta a la que lo hacía aquella terrorífica criatura de elevada estatura e imponente cornamenta. Era negro como el tizón y, sus pasos, veloces como una flecha. Aullando y cabeceando a todo lo que se cruzaba en su camino, su sombra acabó perdiéndose bosque a través, lejos de Fortaleza, de Mynsal y del yugo de los hombres.

Danaria permanecía de rodillas sobre la nieve, al igual que Yxos, temblando aún y abrazada con fuerza a él, que se había limitado a observar en silencio la huida del animal. Resopló, aliviado, cuando esta se vio al fin, materializada. Danaria se apartó ligeramente y comprobó que tenía golpes y heridas en el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó, con voz temblorosa.

—Sí —respondió él, resollando aún.

—Estás... Tienes golpes...

—Una estúpida pelea. Nada que ver con el minotauro. Deberías haberte mantenido al margen.

—No podía quedarme de brazos cruzados mientras tú lo hacías todo.

Yxos la miró, sonriendo y atrapó entre sus dedos un largo mechón del cabello de Danaria, que fue deslizando entre el pulgar y el índice hasta soltarlo.

—Gracias —susurró.

Incapaz de seguir conteniéndose por un segundo más, la muchacha lo sujetó del rostro y lo besó. Sus labios apresaron los de él y, las manos de Yxos sobre su cintura, aceptando aquel beso y reclamándole más, la hicieron estremecer. Al separarse, apenas unos pocos centímetros, las nubecillas de vaho, fruto de sus propias respiraciones, los abrazaron, cubriendo ligeramente el rubor que encendía las mejillas de Danaria.

—Lo siento —susurró la joven—. Había algo que me moría por hacer desde que te vi en el bosque.

—Juraría que era darme con un palo.

Danaria sonrió al recordar aquello.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de algo en Fortaleza?

—No lo sé...

—¿Cómo está Saysa?

—Ella está bien.

—¿Tu hermano ha...?

—No. Puede resultarte extraño, pero no es eso lo que buscaba de ella.

—Gracias al cielo —exclamó la joven, con los ojos cerrados y el rostro alzado hacia el firmamento.

Yxos suspiró profundamente y observó a Danaria con una intensidad que

a ella se le hizo abrumadora.

—Utilizas magia... —murmuró al fin, mirándolo de nuevo a él—. Creí que se os había desprovisto de esa capacidad hace muchos años, en los orígenes de la actual Deonnah.

Yxos guardó silencio.

—Debes tener cuidado. Ocultas libros y empleas magia. Eres el hermano del emperador, pero también un ejemplo de lo que no ha de ser un fortalezano.

—No soy ejemplo de nada. Para nadie —admitió él.

Danaria le apartó el pelo de la cara.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Tengo que volver —concluyó, incorporándose—. No tardarán en darse cuenta y si no cierro los accesos, descubrirán el túnel.

Danaria también se había incorporado y aguardaba inmóvil en su sitio. Yxos había dado un par de zancadas alejándose de ella con premura, pero se detuvo y regresó sobre sus pasos para besarla de nuevo.

—Ten cuidado —le susurró él—. Y no volváis a Fortaleza. Trataré de devolverte a tu amiga sana y salva, pero no más locuras, luceis.

—¿Por qué parece que te estés despidiendo? —murmuró ella, apenada.

Él sonrió débilmente.

—Mi padre solía decir que un fortalezano nunca sabe cuándo se despide para siempre. Creo que era una de las pocas cosas en las que estaba de acuerdo con él. Vivimos permanentemente en guerra contra todos y nunca sabemos cuándo...

—No insinúes tal idea —lo interrumpió ella.

Yxos se despojó del medallón que llevaba puesto y se lo colocó con delicadeza a Danaria.

—Era de mi madre. Utilizo magia porque ella era mythana, ¿recuerdas?

—No puedes dármelo. Yxos...

El joven le acarició las mejillas heladas con los pulgares y volvió a besarla. Después, caminó unos pocos pasos de espalda, observándola, y por fin,

corrió sin mirar atrás, de regreso a Fortaleza.

***

Úrutan caminaba con paso firme a través de los amplios pasillos del castillo. Sus huecas pisadas despedían un eco desafiante ante el furioso rostro del emperador, al que seguían de cerca dos miembros de su guardia personal. De un seco empujón abrió los férreos portones que conducían a las mazmorras, donde los gritos y los lamentos se alzaban en una tétrica melodía.

Úrutan caminó entre los cuerpos de los hechiceros que conformaban una macabra procesión a uno y otro lado de su particular avance, atados todos ellos desde sus brazos hasta los altos techos de roca. Sobre sus cabezas, las esferas de la energía acumulada fluctuaban, listas para su almacenamiento. Aminoró el paso al llegar hasta el fondo de aquella sala, donde el calor se encumbraba desde cada roca. Yxos abrió los ojos al oírlo acercarse. El sudor resbalaba por su piel y le pegaba el cabello a la frente. El joven permanecía sentado, con sendos brazos extendidos y las muñecas ligadas sobre dos columnas de piedra ancladas al suelo que le impedían moverse. Echó la cabeza hacia atrás y respiró, agotado. Úrutan exhibió una sonrisa afilada al contemplar la magia pura que Yxos oscurecía al pasar por sus manos. Aquello le suponía a su hermano pequeño un enorme esfuerzo, pero valdría la pena cuando el vasto mundo de Deonnah le perteneciera, isla por isla, territorio por territorio, sin excepción alguna.

El estruendo de algo cayendo al suelo, hizo que Yxos alzase la cabeza. Casi hubo de contener una maldición cuando vio que ante sí se encontraba el libro que días atrás había sacado de Mynsal. Alzó de nuevo la mirada y observó a su hermano, tratando de imaginar qué ideas podían haber surcado su oscura mente. Después, sus ojos claros distinguieron la llorosa figura de Saysa, a la que un guardia fortalezano traía, maniatada y golpeada.

—Lamento interrumpir, hermano —dijo entonces Úrutan—, pero las desgracias se suceden, una tras otra en Fortaleza. Puede que después de todo no estuviera muy equivocada esta mujerzuela. O tal vez sí.

—¡Tú guardabas el libro en tu habitación! —gritó Saysa, furiosa.

—Deja de decir idioteces —masculló Úrutan, sin tan siquiera voltearse—. Hemos subestimado a los mynsalianos, Yxos, definitivamente. Otro perro de esos ha debido colarse aquí con el fin de liberar a esta mujer y ha

topado con el minotauro a través de algún tipo de acceso subterráneo. Esa es la mala noticia. No hay rastro de cuerpo alguno despedazado, así que ha huido —murmuró mientras sonreía y se rascaba la frente, como si hablase para sí.

—¿Y cuál es la buena? —logró preguntar Yxos, con una pesada respiración.

—La buena es que en su huida, el sabelotodo olvidó el libro. Al parecer...

—El libro estaba en su alcoba —volvió a decir Saysa—. Lo encontré oculto bajo su almohada cuando me llevasteis hasta allí. Él lo tenía y no ningún mynsaliano que haya...

Úrutan se volvió y le asestó a Saysa un fuerte bofetón, que la hizo caer al suelo, al soltarla el guardia que la sujetaba. Después, el emperador observó de nuevo a su hermano.

—Al parecer —volvió a decir—, el libro contiene varios planos con galerías subterráneas que conectarían Mynsal con Fortaleza. Eso explicaría cómo pudo uno de esos malnacidos entrar aquí sin que nos diésemos cuenta y propiciar la fuga del minotauro, aunque imagino que eso fue más bien algo accidental... Y eso no es todo —añadió Úrutan, acercándose más a Yxos y liberando uno de sus brazos—. Hay subterráneos hasta la mismísima Panteón. Puede que incluso hasta Lungeon. Quién sabe si también Finnis... ¿Te das cuenta, hermano? Vías directas a nuestras conquistas. Acabaríamos con todos sin que nos vieran llegar. Extenderíamos la magia oscura a través de esas galerías.

Úrutan le desligó el otro brazo e Yxos se acarició las muñecas, mientras escrutaba a Saysa.

—No me fío... —murmuró entonces—. No puede ser tan fácil. ¿Un mynsaliano llega hasta aquí y nos deja un mapa abierto con mil accesos a cada rincón de Deonnah?

—Más bien imagino que debió perderlo en la huida. Y en cualquier caso, estoy dispuesto a correr el riesgo. ¿Te das cuenta? Panteón está protegida, pero puede que una de esas galerías conduzca hasta el reino de la reina Exelia. Ojalá supiera qué cara tiene para poder imaginar el horror desdibujándosela al ver a una horda de fortalezanos entrando allí. Lo único que necesito es sacar a esas ratas de Mynsal. Las galerías parten todas desde allí.

—¿Sacarlos? ¿Cómo?

Úrutan sonrió.

—Eso lo decidirán ellos, Yxos. En mi benevolencia, voy a darles la oportunidad de que se marchen por las buenas. Si no lo hacen, sobra decir que sacarlos será muy fácil. No son guerreros y han tratado de burlarme. Podría declararles la guerra ahora mismo.

—No saben luchar, Úrutan —repuso Yxos, poniéndose en pie—, pero son magos.

—Hermano, no me plantees la situación como un problema. Resulta insultante. Lejos de suponer un conflicto, no es sino una gran oportunidad. Quiero que llegues hasta allí y les adviertas, les exijas que se larguen. Si no, que se atengan a las consecuencias. Tienen dos jornadas.

—¿Dos jornadas?

—Eso he dicho.

—¿Y ella? —preguntó el muchacho, tras un largo silencio.

—Llévatela. Su magia es insignificante. Por eso ordené que la llevasen a tu alcoba. Y además, quiero que te acompañe a llevar el mensaje, que transmita el miedo y el horror que ha vivido aquí; el que vivirán ellos si no acceden a mi exigencia.

***

El caballo aún no se había detenido cuando Yxos ya saltaba prácticamente desde su grupa. Saysa viajaba maniatada y entre continuos improperios cuando el fortalezano la arrastró, asiéndola del brazo y corrió escaleras abajo. La soltó al llegar a la ciudad subterránea y avanzó como una embestida, buscando a uno y otro lado.

—¿Qué diantre estás haciendo aquí? —preguntó un mynsaliano que le salió al paso.

—¿Dónde está Danaria? —quiso saber él, sin prestar atención ni detenerse.

—¡Detente, fortalezano! —insistió el hombre—. No puedes entrar así en Mynsal.

Los murmullos se alzaron, insistentes, mientras Saysa gritaba, insultándolo.

—¡Danaria! —exclamó él, buscándola aún.

Una anciana se cruzó en su camino y le asestó un soberbio bofetón.

—¡Vete de aquí, bárbaro! —le espetó.

El fortalezano se detuvo y alzó la mirada por encima del hombro de la mujer, que volvió a golpearle en el pecho.

—¡Yxos! —gritó Danaria, mientras corría hacia allí.

—Tenéis que iros de aquí —le advirtió él, sin más demora.

—¿Qué? ¿Qué estás...? ¡Saysa!

Danaria lo esquivó y corrió hacia su amiga cuando reparó en su presencia. La anciana volvió a golpear a Yxos en el brazo.

—¡Este malnacido viene a declararnos la guerra! —gritó Saysa, mientras dos hombres la desataban, con la ayuda de la propia Danaria.

—¿Qué estás...? ¿Qué ha pasado, Yxos?

—¿Lo conoces? —exclamó Saysa.

—Me sacó de Fortaleza la flamante noche en que se te ocurrió ir hasta allí.

—¡Por los dioses! ¿Te hizo algo?

—No... —murmuró, alzándose de nuevo—. Claro que no...

—¡De milagro! Viene a echarnos de aquí —volvió a decir Saysa—. Van a utilizar las viejas galerías que conectaban Mynsal con otras ubicaciones de Deonnah para atacarlo todo.

La vieja golpeó de nuevo a Yxos, poniendo a prueba su paciencia.

—¿Podemos hablar? —le pidió él a Danaria.

—¿Es cierto lo que Saysa dice?

—Si tu amiga no les hubiera enseñado el libro, no habría ocurrido nada

—espetó él, con dureza.

—¡Me arrastraron a su habitación para que él...! Vi el libro y...Vi la única oportunidad de propiciar algo que no derivase en un abuso. Sabía que lo estaba ocultando y sabía que el emperador lo mataría si se enteraba porque lo cierto es que no sabía que era su hermano. Este maldito cerdo iba a...

Danaria le dedicó a Yxos una mirada dolida.

—No iba a hacerle nada, por el cielo. Me pediste que la cuidase y le pedí a mi hermano que me la trajera. ¿Cómo, si no, iba a apartarla de todos? Pero no le hubiera puesto un mano encima, jamás. Tienes que creerme. No soy así.

—¿Así? —insistió Saysa—. ¿Así cómo? Tú eres quien oscurece la magia de los hechiceros que esclavizáis allí.

Yxos se llevó la mano a la frente y recibió, en el brazo, el enésimo golpe de la anciana.

Resopló y alzó la mirada de nuevo, hacia Danaria.

—Viví en Mythos hasta los seis años, ya te lo dije. Mi madre me enseñó a dominar la magia. Luego mi padre me arrastró a Fortaleza y todo lo bueno que había en mí amenazaba con pudrirse. Mi padre, primero y mi hermano, ahora han utilizado mi don para...

—Corromper —concluyó Danaria.

—No puedo evitarlo, luceis. Es algo que propiciaron ellos y a lo que, poco a poco, dejé de resistirme. Porque la magia se corrompe y también corrompe a aquel que hace un mal uso de ella. Pero tu amiga dice la verdad: Úrutan desea utilizar las galerías subterráneas y para ello, exige la entrega de Mynsal. Si os marcháis por las buenas, no ocurrirá nada.

Los murmullos volvieron a prenderse.

—¿Marcharnos? —exclamó Danaria, horrorizada—. Este es nuestro hogar.

—Lo sé. Pero le conozco bien y no se detendrá. Si no os vais, entrará con todo.

—¿Con todo te incluye a ti?

Yxos suspiró.

—¿Y qué importa eso?

—Importa. A mí me importa.

—Sin mí... bastarían diez fortalezanos para arrasar Mynsal; no sois guerreros. Piénsalo bien, esto es solo un sitio, una cueva, nada más. Conozco a alguien que podría ayudaros. Empezaríais de cero, lejos de Fortaleza y de nosotros.

—Lejos de ti...

—Especialmente lejos de mí.

El muchacho le acarició el rostro y la anciana volvió a golpearle, apartándole el brazo. Yxos le dedicó una mirada de soslayo y Danaria le sujetó de la mano, apartándolo de allí.

—Ilia, por favor, déjale —pidió la joven.

La anciana le dedicó una mirada asesina y se alejó para reunirse con Saysa y todos los que hablaban allí, a los que se había sumado Tyrion.

—Hay alguien... Tengo un amigo... Me habló de una ciudad oculta en las Cumbres de Cathos. Un lugar seguro y alejado de guerras y disputas. Ni mi hermano se preocuparía de ese sitio porque ni siquiera sabe que existe. Marchaos, por lo que más quieras.

—No pienso entregar las galerías y darle vía libre a Úurtan para que destruya Deonnah.

—¿Y qué quieres hacer, Danaria?

—Hay que hablar con las ninfas del Tinma. Ellas son hijas de Panteón y guerreras. Sabrán que hacer. Puede que nos ayuden a pelear contra Fortaleza. No permitirán que la magia oscura se extienda por Deonnah. O puede que Lungeon... La Legión de Acero plantaría cara si...

—Pedir ayuda a esa gente sería una idea tan brillante como internarse en Fortaleza para hacerlo —repuso Yxos.

—Son guerreros a la altura de Fortaleza, pero nunca hemos tenido un problema con ellos. No...

—Olvídalo, Danaria. Mi hermano les ha declarado la guerra. Traerlos hasta aquí, solo derramará más sangre.

Danaria permaneció pensativa durante unos segundos.

—Hay que informar a Yareus de todo... —murmuró.

—Es mejor no hacerlo —intervino Tyrion, acercándose—. El maestro no está bien.

—¿Y qué sugieres? —volvió a preguntar Danaria.

—Llegaré hasta Presagio y hablaré con las ninfas. Con magia de por medio, esto les atañe. Tú quédate aquí y prepara la defensa de Mynsal.

—¿Defensa? —exclamó Yxos.

—Sí, defensa. No entregaremos nuestra ciudad. Puede que solo sea un pedazo de roca y sal, una cueva, como tú dices. Pero es nuestra. Emplearemos la magia —añadió el joven—. Magia contra la fuerza de las espadas —zanjó, mirando a una avergonzada Saysa.

—Ellos también utilizan magia —rebatió Danaria.

—Para eso lo necesitan a él, de modo que... fortalezano, es el momento de que elijas un bando.

Yxos suspiró profundamente y sus ojos se clavaron en los de Danaria.

—Me estás pidiendo que traicione a mi hermano —dijo, con un hilo de voz.

Tyrion lo agarró del brazo y trató de apartarlo de allí, pero Yxos ni siquiera se inmutó.

—¿Podrías acompañarme? —le pidió el mynsaliano, exasperado.

Yxos lo siguió, incapaz de apartar sus ojos de Danaria.

—Tú eliges —dijo de nuevo Tyrion, captando ahora sí la atención del fortalezano—. O traicionas a tu hermano o la traicionas a ella. Veo el modo en que la miras y todo lo que estás haciendo. Llevo toda mi vida estudiando la magia, entre otras mil cosas más. Puede corromperse, tal y como dices. Y corrompe también al que la oscurece. Pero también puede purificarse y reparar el daño efectuado. Tú eliges.

—No es tan fácil.

—Sí, sí lo es. Hace mucho tiempo, Fortaleza estuvo a punto de destruir Deonnah al internarse en Panteón para hacerse con toda la magia de este mundo. Destruisteis ese lugar mágico y disteis forma a los conflictos y

diferencias que hoy marcan nuestro camino. No vosotros, claro está, sino vuestros ancestros. Ahora se te concede a ti la oportunidad de resarcir el daño. Salva lo poco puro que quede en ti, si de verdad corre sangre de Mythos por tus venas.

—Puede que sepas mucho de lo que dicen los libros y no lo subestimo. Pero no tienes ni idea de lo que sucede ahí fuera. Hay... Existe una valiosa ayuda que puede posicionarse en favor de Mynsal. Permíteme ir a buscarla.

—Escaparás... y nos abandonarás...

—Acabas de decir que ves el modo en que la miro —respondió Yxos, observando de nuevo a Danaria—. ¿Es el modo en el que me permitiría abandonarla a una muerte segura? ¿O a verla sufrir el resto de su vida?

***

Saysa y Tyrion avanzaban montados a lomos de un bonito caballo de etérea forma. Los mynsalianos no eran amigos de emplear animales como medio de transporte, así que solían crearlos con magia, aunque rara vez recurriesen a ella; mucho menos para viajar. Sin embargo, esta vez, la ocasión lo requería. Ya habían llegado hasta las tierras de Presagio, cuando el animal se esfumó y ambos tocaron de nuevo con sus pies en la fría hierba. La nieve se había derretido casi por completo y bajo el espeso manto que lo cubriera todo tías atrás, emergía de nuevo aquel inmaculado verde que caracterizaba el paisaje de los lagos.

Saysa suspiró y Tyrion fijó en ella su mirada.

—¿Qué crees que hará? —preguntó el muchacho, mientras empezaban a caminar—. El fortalezano, quiero decir.

—No lo sé. Solo podemos esperar lo peor de ellos...

—Danaria no opina lo mismo. Ella parece confiar en él.

Saysa se detuvo momentáneamente y emprendió el paso de nuevo al comprobar que Tyrion continuaba caminando.

—No se puede confiar en ellos.

—¿Opinabas eso cuando decidiste meterte en Fortaleza a solicitarles ayuda?

—Ya sé que tú prefieres la magia contra lo que sea que nos depara, el... derramamiento de sangre del que hablaban los ents, pero yo desconfío de ella tanto como de un fortalezano.

En esta ocasión fue Tyrion quien se detuvo.

—No puedo creer que hicieras todo lo que hiciste por desconfianza hacia mí. —Saysa lo miró y resopló, incapaz de responder—. Conozco la magia y también sus peligros. No la utilizo a la ligera. Si Yareus me escoge, lo haré bien. Si te escoge a ti, te seguiré sin cuestionarte.

—Vamos, allí está el Tinma —concluyó la joven, mientras se volteaba de nuevo y caminaba hacia el serpenteante curso del riachuelo. Pronto percibió los pasos de Tyrion tras de ella y el silencio los acompañó hasta llegar a las cristalinas aguas, que se bifurcaban unos metros más adelante, dando forma a los mágicos lagos de Presagio.

Tyrion se agachó frente al río y hundió las manos en su gélida superficie, en una muda llamada a las náyades. El rostro de una hermosa mujer, de serenas facciones no tardó en emerger. Su larga melena de un rubio tan claro que casi parecía blanco, le caía empapado sobre los hombros. La náyade entornó los ojos y los miró con suma atención.

—Saludos, hijo de Mynsal —dijo, con su voz suave y armoniosa—. Mi nombre es Enarah. Venís aquí para remontar el curso del...

—No —la interrumpió Tyrion—. No venimos para remontar la corriente del Tinma. El asunto que nos trae es... distinto. Mucho más grave y urgente.

—Venimos a buscar ayuda —añadió Saysa—. Los fortalezanos pretenden acceder a Mynsal por las malas para utilizar la red de galerías que conectan con diferentes ubicaciones en Deonnah. Desde allí, quieren esparcir la magia oscura que están creando.

El rostro de la náyade se contrajo en una mueca de desagrado. Salió del agua, sujetando con sus manos el suave vestido de gasa que se le adhería a las piernas; unas piernas que, según sabían Saysa y Tyrion, se convertían en colas de pez al llegar la noche.

—Eso es terrible —murmuró Enarah, con la mirada perdida en la nada.

—Si llegan hasta Panteón... —intervino de nuevo Saysa.

—Si llegan hasta Panteón, el mal puede ser definitivo —añadió Tyrion—, pero que alcancen Lungeon o Región de Finnis no sería mucho mejor. Tampoco Isla de Drey; hay rumores sobre mythanos que viven allí.

—No tenemos la certeza de que las galerías alcancen a todas las islas —repuso Saysa, asustada—. La separación de Deonnah debió romper muchas de ellas y puede que...

—¿En serio quieres correr el riesgo? —interrumpió Tyrion.

—Hay que sellar el acceso a Panteón —dijo entonces Enarah—. Que el emperador de Fortaleza llegase al corazón de la magia en Deonnah sería el fin.

—Hay... hay alguien que puede ayudaros a hacerlo. Alguien que domina la magia aunque... —murmuró Tyrion, dubitativo.

—Humanos que juegan a ser magos —escupió la ninfa—. Todo cuanto pasa por sus manos se corrompe, se oscurece. Debo hablar con la reina Exelia.

—Me temo que no hay tiempo —repuso Tyrion.

—Haré llegar mi mensaje a través del agua. Las palabras surcarán raudas el curso del Tinma hasta su desembocadura en el mar de Ikatán; allí, Lyis se las trasladará. Es su emisaria en Panteón.

—¿Nos... nos ayudaréis a luchar contra Fortaleza? —inquirió Tyrion, de nuevo.

—Pediré ayuda igualmente a la reina. Aquí somos muy pocas, apenas una decena de ninfas. Temo que no seríamos suficientes. Aun así... acudiremos.

*****

Yxos detuvo a su caballo cuando hubo dejado atrás los lagos de Presagio y hacía ya un buen rato que se había adentrado en tierras mágicas. Mythos. Había pasado tanto tiempo desde su vida allí que casi le sorprendía recordar aquel lugar. Observaba a uno y otro lado, y algo en su mente o en su corazón era capaz de vislumbrar una fugaz visión de algún recuerdo de antaño. Un escalofrío lo recorrió de arriba a abajo al observar las altas copas de los árboles mythanos. Entya no quedaba lejos y allí, los pastores de árboles paseaban entre la vegetación, custodiándola, cuidándola.

Un golpe distrajo su atención e Yxos se volvió para comprobar la accidentada forma en la que Danaria había desmontado del lomo de su

corcel.

—¿Estás bien? —preguntó, agachándose a su lado—. ¿Cómo puedes ser tan patosa?

—¡Los caballos de Titanos son enormes! —se quejó ella—. Te he pedido ayuda y ni siquiera me has oído...

—Lo siento —se disculpó el joven, sonriendo. Observó el tobillo de Danaria, que empezaba a adquirir un ligero tono amoratado—. Me temo que por aquí no hay Lisminas. Crecen siempre de cara al norte y esta zona no es adecuada pero si avanzamos un poco más...

Danaria se puso en pie con dificultad y expresión dolorida.

—No hay tiempo que perder. Tu hermano atacará en cualquier momento.

—Os concedió dos días, ya te lo dije. Y no deberíamos tardar más de uno en volver.

La muchacha suspiró.

—Si avanzamos a caballo...

—No puedo meter al caballo ahí; sabes de sobra que es un bosque espeso y de difícil acceso.

—¿Y entonces cómo voy a...?

Yxos le dio la espalda y la miró, con la cabeza ladeada.

—Sube.

—¿Qué? ¿Piensas cargar conmigo?

—Con ese cuerpecillo apenas debes pesar nada. Puedo contigo.

—¿Cuerpecillo? ¿Qué insinúas?

Yxos se volvió de nuevo y la recorrió con la mirada.

— Tu cuerpo es perfecto... y fácilmente transportable. Solo he dicho eso.

Sonrojada, Danaria se atusó el cabello, tratando de disimular y le hizo un gesto a Yxos para que se volviera, cosa que él hizo. Apoyada solo en un pie, trató de dar un saltito y el fortalezano cargó con ella a sus espaldas.

—¿Y qué se supone que encontraremos aquí exactamente?

—Aliados. Espero que las aldeas sigan existiendo —respondió él, mientras caminaba—. Hace dieciséis años que salí de aquí y por lo que tengo entendido no han sufrido pocas calamidades... pero confío en su fortuna y la voluntad de los dioses.

—¿Los tuyos o los suyos?

—¿Qué importa? Solo aquellos que hayan traído buena fortuna al pueblo de Mythos.

—No he oído cosas muy recomendables de esta gente.

—El mal los atrapó, ya te lo dije. Pero aquellos que lograron purificarse regresaron a Mythos.

Danaria guardó silencio. El avance no era sencillo y el camino les exigiría un buen trecho antes de alcanzar las aldeas que se ubicaban en la mágica tierra de Mythos. Algunos puntitos de luz se desprendían de las frondosas copas de los árboles y flotaban en el aire, como mágicos copos de nieve multicolor y, en medio del sepulcral silencio, casi parecía que los árboles entonaban una suave melodía. En algún momento, Danaria creyó percibir la escurridiza presencia de algún hada traviesa, cuyas risas se mezclaban con la melodía del bosque en una sinfonía perfecta. El cielo se transformaba, cambiando el azul intenso del día por el púrpura brillante de la noche mythana. Las flores se prendían por doquier con suaves fulgores, convertidas en diminutos farolillos.

Yxos la colocó sobre la gruesa rama de un retorcido tronco que parecía adecuarse a la forma de Danaria para ofrecerle una mayor comodidad. El joven se volvió y se enjugó el sudor de la frente mientras resoplaba.

—El cuerpecillo pesa lo suyo, eh.

Yxos sonrió mientras se apoyaba también sobre un tronco de similares características.

—Solo necesito un segundo. Estamos a punto de llegar.

Danaria le observó, mientras él bajaba la mirada, tratando aún de recobrar el aliento. El cabello húmedo le caía sobre la frente y él se lo apartó con un gesto brusco.

—Acércate —le pidió ella, apenas un leve murmuro.

Yxos la miró y segundos después, se aproximó, tal como Danaria le había solicitado. El árbol en, cuya gruesa rama permanecía sentada, se alzó

ligeramente y la dejó a ella algo por encima de él.

—¿No crees que deberías quitarte esto? —preguntó la joven. Con sus dedos acarició la mejilla de él, tratando de eliminar los trazos de pintura roja que surcaban su rostro en cuatro franjas iguales—. Son pinturas de guerra. En Mythos podrían no tomarlo muy bien.

Yxos paseó su mano sobre su mejilla y observo el rojizo rastro en sus dedos.

—Tienes razón.

—Déjame...

Danaria extrajo un pequeño pañuelo de su bolsillo y limpió con esmero los rastros de resina que los fortalezanos pintaban sobre sus caras en una constante exhibición belicosa, un rasgo más que sumar a su ya temible apariencia. Mientras eliminaba los rastros de pintura, Yxos la observaba con detenimiento: sus ojos, su nariz, sus labios. Distaba mucho del aspecto salvaje de una fortalezana, pero algo en la modesta belleza de Danaria la situaba por muy encima de cualquier otra joven que hubiera conocido jamás.

—Ya está —anunció ella al fin—. Mucho mejor.

Aquella era la segunda vez que veía a Yxos desprovisto de las sanguinarias pinturas fortalezanas y, tal como ya había sucedido en la primera ocasión, le agradaba lo que veía: sus serenas facciones, sus ojos claros, su nariz bien formada y una boca que la llamaba a gritos aun sin abrirse. Tenía una herida en el labio, pero aquello no hacía sino más tentadora la ocasión. Yxos se acercó, como si de algún modo respondiera a los pensamientos de ella y, sin mediar palabra y para sorpresa de la joven mynsaliana, dejó escapar el cabello que Danaria encerraba en una cola. Su oscura melena se desparramó sobre sus hombros y él la recogió entre sus manos, observándola y deleitándose, como si se tratase de un preciado tesoro. Sus dedos se deslizaban a través de aquellos mechones eternos mientras sus labios buscaban los de ella para besarla, despacio, con una ternura que Danaria no hubiera creído jamás posible en un hijo de Fortaleza de no ser porque aquella no era la primera vez que la disfrutaba. La joven sostuvo su rostro con cuidado y respondió con ansia a aquel beso. Casi se sentía culpable, avergonzada por la mezcla de sentimientos que Yxos despertaba en ella, por prender en su cuerpo aquel deseo nuevo y devastador.

—No es el momento... —susurró cuando su raciocinio despertó, apartándola de ligeramente de él, apenas unos centímetros, aún frente

con frente.

Yxos la besó de nuevo.

—Lo sé —respondió contra su boca.

—¿Por qué..? Es decir, ¿qué buscas? He visto lo que hacéis en Fortaleza y yo no...

—Esto no tiene nada que ver eso —respondió él, consciente de todo cuanto ella había atestiguado aquella noche de celebración desenfrenada—. Tú no tienes nada que ver con nadie.

—¿Por qué?

Yxos sonrió ante su insistencia.

—Y no me vengas con eso de que soy distinta —añadió ella, sonriendo también—. Es decir, sé que no tengo nada que ver con ninguna fortaleza, pero Saysa tampoco o cualquier mynsaliana y no se trata de...

—No me gustas porque seas diferente a cualquier otra mujer que haya conocido antes, sino porque yo soy diferente cuando estoy contigo. Y me gusta lo que soy.

Danaria hizo más amplia su sonrisa.

—¿Siempre tienes las palabras adecuadas? —preguntó.

—No —respondió él—. A decir verdad, soy poco elocuente. Pero las palabras brotan solas contigo, a eso me refiero.

Yxos la besó de nuevo, sin dejar de mirarla, algo más corto pero igualmente intenso. La mano del muchacho se deslizó desde su mejilla hasta su cuello, posándose, totalmente abierta, sobre el colgante que él mismo le había regalado hacía apenas unos pocos días.

—¿Lo quieres? —preguntó ella, alterada.

Yxos podía percibir sin problemas su pecho subiendo y bajando a un ritmo desenfrenado.

—No —susurró—. Fue un regalo.

—Pero era tuyo... Es tuyo.

Él negó con la cabeza.

—Mi madre decía que representaba la magia pura en un arte siempre destinado a corromperse. Colgado de tu cuello tiene sentido. En el mío ya no.

Yxos depositó un beso sobre el medallón y Danaria hundió sus dedos entre el cabello oscuro de él, compadeciéndose de algún modo; regocijándose también en su olor, en su tacto y en su cercanía.

—No eres tan malo como crees.

El fortalezano la miró y sonrió, mientras ella le acariciaba el rostro y le apartaba el cabello hacia atrás.

—No tienes ni idea de lo que he hecho, de lo que hago.

Danaria tragó saliva. No lo sabía y probablemente tampoco quisiera saberlo.

—Hay que irse... —murmuró.

Yxos continuó perdido en la mirada embelesada de Danaria. Pero el tiempo apremiaba y ella no tenía derecho a disfrutar de aquella paradisíaca tregua, pensaba. Bajó del árbol, deslizando su cuerpo sobre el de Yxos, que se apartó despacio.

—No puedes andar.

—Estoy mejor. El dolor ha remitido. Vamos.

El silencio los había escoltado hasta un pequeño claro en medio de la espesa arboleda. Unas pequeñas casitas de madera con multitud de ornamentos dorados se alzaban allí. De sus chimeneas emergían pequeñas nubes de humo blanco que adquiría distintas formas a medida que ascendía hacia el cielo. No hacía frío allí, pero aun así, aquella estampa se repetía en todas las cabañas. Las personas que caminaban por el lugar se detuvieron y los escrutaron con curiosidad. También Danaria hizo lo propio con ellos. Había viajado varias veces hasta tierras mágicas pero nunca se había adentrado en los bosques de Mythos, sino para llegar hasta los de Entia, en busca de la ayuda que los pastores de árboles le prestaba al pueblo de Mynsal.

De pronto, una voz se alzó entre los murmullos latentes y un hombre se abrió paso entre los demás.

—¡Yxos! —exclamó—. Amigo, no puedo creerlo.

El recién llegado abrazó al fortalezano con tal ímpetu que por un momento Danaria pensó que lo habría desmontado. Pero nada en la expresión de este denotaba que le hubiera hecho daño.

—No te esperaba, hermano. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Tengo que hablar contigo. Es algo urgente.

—Claro...

Los ojos de aquel hombre buscaron a Danaria con curiosidad e Yxos se percató de ello.

—Lhun, te presento a Danaria. Danaria, él es Lhun. Crecimos juntos aquí; al menos hasta que yo me fui.

—¿Es tu esposa? —preguntó Lhun, mientras extendía la mano para saludar a la muchacha.

Yxos sonrió mientras observaba a Danaria, que le devolvía la mirada con los ojos como platos.

—No. No es mi esposa.

—Lástima...

—Lhun, se ha hecho daño en el tobillo. ¿Podrían...?

—Por supuesto. ¡Brissa! —Héctor alzó la voz y una mujer se adelantó unos pocos pasos entre la multitud—. ¿Recuerdas a Yxos?

—Sí, claro —respondió ella, con cierto recelo—. Hacía mucho tiempo que no nos visitabas.

—Sí, así es.

—Danaria viene con él —intervino Lhun—. Está herida. ¿Podrías sanar su tobillo mientras Yxos y yo charlamos?

—Claro. Acompáñame.

*****

—¡No puedo acceder a eso! —exclamó Lhun, escandalizado—. No puedes pedírmelo, Yxos.

—Piénsalo bien. La magia es la que os castigó, hermano. Es susceptible de corromper a todo aquel que la utiliza porque es una fuente inagotable de ambición. El que la tiene, desea siempre más. Y esta acaba por poseerte... por convertirte en su juguete.

Lhun lo había escuchado en silencio, con el ceño fruncido y casi horrorizado.

—El mal uso de la magia, sí —respondió al fin—. Es peligroso. Pero no la magia en sí.

—La magia solo ha de estar en poder de aquellos que saben manejarla sin sucumbir. Magos, hechiceros, ents, hadas. Las criaturas mágicas. Pero los humanos nunca debimos haberlo hecho. Fue un error de los dioses... o de los magos de Panteón, que no supieron protegerla bien. El caso es...

—Nacimos en Mythos —repuso Lhun—. Nosotros...

—Aun así. Somos humanos. No está en nuestra naturaleza y a la vista está. Mira en qué os habéis convertido. Seres despiadados que se cazan a sí mismos. Eso es lo que poblaba las Cumbres de Cathos, ¿no es así?

Lhun le dio la espalda a su amigo y observó la vida que discurría al otro lado de la ventana, donde en lugar de un cristal era una especie de fluctuación transparente lo que había, como un especie de burbuja que lo insonorizaba todo.

—La chica que te acompaña... porta ropajes mynsalianos.

—Es una luceis. Hija de Mynsal.

—¿Y viene contigo a...?

—Ella no sabe nada.

Lhun se volteó de nuevo y lo miró.

—No sé, Yxos...

—¿Qué quedó de Silas cuando regresasteis? Es así como se llamaba la ciudad oculta, ¿verdad?

Lhun asintió y su mirada se perdió en la nada, como si tratase de recordar

unos días que quedaban muy lejos en su memoria.

—Huimos de allí. La ciudad quedó intacta, pero de eso hace ya muchos años. Ignoro si haya podido ser tomada por los cazadores... ¿Qué es exactamente lo que quieres hacer?

—Trato de evitar un derramamiento de sangre, Lhun. El de Mynsal.

Capítulo 5

Capítulo 4

Danaria se aferró con fuerza a la cintura de Yxos y se volvió, observando a los mythanos que los acompañaban sobre sus caballos. No eran demasiados, pero todos ellos eran poseedores del don de la magia y por tanto, no debía subestimar su presencia ni tampoco su número. No obstante, pensaba en Saysa y Tyrion, deseando que ambos hubieran tenido más suerte buscando ayuda en las ninfas guerreras del Tinma, hijas de Panteón, al fin y al cabo.

—¿Qué se supone que harán? —preguntó Danaria—. Los mythanos, quiero decir. No son guerreros. Siempre oí que sus dones tenían como fin ayudar.

—Así es. Pero tus amigos ya fueron a buscar guerreros. No hacían falta más.

Danaria guardó silencio, poco convencida con las explicaciones de Yxos. ¿Acaso las fuerzas que Saysa y Tyrion lograsen sumar resultarían suficientes contra el temible imperio fortalezano y su sanguinario ejército? Solo pensar en ello le helaba la sangre.

Cuando llegaron a la explanada donde se ubicaba el acceso a Mynsal, una espesa niebla los recibió y de nuevo, Danaria temió un nuevo desastre natural. Habían liberado al minotauro y Fyros debía haber visto aplacada su ira, pero un dios olvidado por todos durante tantos años bien podría reclamar algo más para ver resarcido el mal del que se sentía víctima. ¿Un derramamiento de sangre, quizás?

El sol había quedado convertido en apenas un puntito de insignificante luz en las telarañas de la bruma. Yxos bajó del caballo con rapidez y ayudó a Danaria a hacer lo propio. Los mythanos que los habían acompañado se detuvieron también y avanzaron tras sus pasos algo más rezagados.

Danaria corrió escaleras abajo, dando gracias a los dioses por el pronto regreso que les concedía aún unas pocas horas para preparar el ataque. Al llegar a la ciudad, fueron muchos los que le salieron al paso, lanzándole un sinfín de preguntas y mostrándole su malestar y angustia ante la situación que se avecinaba. Yxos era objeto de otro tipo de miradas y comentarios: recelo, miedo. Danaria avanzó como una embestida hasta que hubo llegado a la modesta casita de Yareus. Un joven le abrió la puerta cuando hubo llamado, y su rostro compungido fue una muda

comunicación.

Danaria lo apartó con cuidado y entró hasta el humilde camastro de Yareus, donde el hombre ardía en fiebre en un estado de aparente inconsciencia. Yxos la siguió tímidamente.

—Maestro... soy Danaria. ¿Puedes oírme?

La joven alzó su cristalina mirada y se topó con el gesto grave de Yxos, que permanecía inmóvil en el umbral, por detrás del otro muchacho.

—Ayer cayó en un sueño profundo... —le explicó este a Danaria—. No ha vuelto a despertar. Y quizás sea lo mejor. Su viejo corazón, no soportaría lo que está por venir.

—Defenderemos la ciudad, Eris —respondió Danaria, más como un anhelo que como una convicción—. No va a ocurrirnos nada.

Como si aquellas palabras fuesen capaces de espolearlo, Yareus abrió los ojos despacio, y Eris se acercó rápidamente.

—Maestro... —murmuró Danaria—. Tienes que descansar. Déjalo todo en nuestras manos.

—Quiero... —balbuceó el hombro con un hilo de voz— quiero que tú... seas... la que lideres a Mynsal.

—¿Yo? Pero creí que... Saysa y Tyrion...

—No... sus disputas por la magia... tú...

Una fuerte tos le rasgó la voz y le obligó a guardar silencio de nuevo.

—Lo hemos entendido, Yareus —intervino Eris—. Seguiremos a Danaria. Pero no hables más, por favor. Debes descansar.

La interpelada tragó saliva y se puso en pie, temblorosa aún.

—Cuídalo...

—Descuida.

Corrió de regreso a las entrañas de Mynsal, seguida de nuevo por Yxos, que la observaba con el ceño fruncido. La joven lo abrazó, derrumbando sobre él toda la entereza que había tratado de mantener frente a Yareus. Yxos la apretó entre sus brazos y depositó un cálido beso sobre su cabeza,

tratando de infundirle ánimo.

Los gritos y carreras de los mynsalianos, sin embargo, interrumpieron el momento. Danaria se apartó y observó su entorno con preocupación. Corrió en la misma dirección que el resto y sujetó a una mujer del brazo.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Las ninfas del Tinma han llegado —le anunció esta.

Danaria sonrió.

—Eso es fantástico. ¿Por qué...?

—Los mythanos no las dejan entrar.

—¿Cómo?

La mujer ya no volvió a responderle y continuó corriendo entre el caos. Danaria se volvió y buscó a Yxos con la mirada. El joven se llevó los dedos a las sienes y resopló. Después, se acercó más a ella y la sujetó suavemente del brazo.

—Tenéis que iros —le anunció él con poca voz.

—¿Irnos? ¿Adónde? ¿Por qué?

—Escúchame, Danaria. Mi hermano entrará aquí sí o sí. He estudiado con detenimiento las galerías que un día existieron. No hay ninguna que conduzca hasta Finnis pero los mythanos pueden crear un camino que surque las profundidades del mar de Talah hasta la isla y... allí construyeron una ciudad hace mucho tiempo de nombre Silas. Está oculta y a salvo.

Danaria frunció el ceño y reculó un paso.

—¿Qué me estás diciendo exactamente?

—Que tú, yo, cualquiera puede cuestionar las formas de mi hermano, pero no sus fines. Su único deseo es eliminar la magia de Deonnah y eso es lo mejor que podría ocurrirnos a todos.

—No puedes estar hablando en serio.

—Claro que estoy hablando en serio —respondió él, más alterado—. La magia no es lo que estudiáis en Mynsal; aquí apenas aprendéis de su existencia y cuatro recursos fáciles para hacer vuestra vida más liviana. Pero eso no es nada. La magia es algo de extremado poder y peligro, algo

que siempre corrompe a quienes hacen uso de ella. ¡Siempre!

—No... —murmuró ella—. Eso no es así... Puede que tu hermano utilizase tu don para fines oscuros, pero... pero tú no eres malo, Yxos.

Se acercó más a él y le sujetó el rostro, obligándolo a mirarla.

—No lo entiendes... No tienes ni idea. El mundo de los humanos habría de ser puro, Danaria, sin magia, sin dones sobrenaturales. Eso es cosa de magos y dioses. No nuestra. Nosotros no estamos capacitados.

—Piensa en tu madre. Ella era...

—¡Ella era una maldita cazadora! —gritó él, soltándose del agarre de Danaria—. Hija de una raza sin nombre a la que los dioses les arrebataron la identidad como castigo a la osadía de utilizar sus dones arrastrados por la ambición. ¿No te das cuenta de que es lo mejor que podría pasaros a todos? Panteón estuvo a punto de sucumbir una vez como consecuencia de la magia, y mientras esta exista así será. Mi padre no me arrancó del lado de mi madre, sino que me salvó de ella. Su ambición fue siempre acabar con la magia que había maldecido a su pueblo, a su mujer. Todo cuanto había conocido. Mi madre fue un día un ángel y acabó convertida en un demonio. Eso hace la maldita magia.

—¿Y qué quieres...?

—Llegar hasta Finnis os llevará varios días pero los mythanos irán con vosotros y con sus dones harán el trayecto más fácil. Ese es su sino, su destino. No os faltará comida ni cuidados. Ordena a tu gente que te siga y guíalos tú a ellos.

Danaria guardó silencio durante unos segundos, como si tratase de digerir todo cuanto Yxos le había dicho. Después, arrancó a correr escaleras arriba, seguida por el fortalezano, que clamaba su nombre a gritos, y comprobó que una enorme cúpula protectora le impedía el acceso a las náyades que habían acompañado a Tyrion y Saysa. Los mynsalianos trataban inútilmente de deshacer la barrera pero los mythanos habían establecido una protección en torno a aquel que mantenía el escudo protector activo: Héctor.

Yxos sujetó a Danaria de la mano.

—Llévatelos, lucéis. Marchaos antes de que sea tarde. Úrutan no tardará en llegar.

Danaria lo miró y unas silenciosas lágrimas trazaban ya húmedos rastros

en sus mejillas.

—Tu hermano esparcirá la magia oscura a través de nuestras galerías... y eso costará vidas. Muchas en todo Deonnah. Las de inocentes.

—Es la sangre que el dios reclama, Danaria. Solo estamos en disposición de elegir quién la entrega, quién sacia la ira de Fyros. La liberación del minotauro fue solo el primer paso, pero no era el único. El dios olvidado clama venganza.

—Los libros... —murmuró, sollozando. Los ojos de la muchacha buscaban frenéticamente en uno y otro lado, como si en alguna parte fuese a manifestarse la solución a tan acuciante problema—. Quemará toda la biblioteca...

—No lo permitiré —la interrumpió él—. No lo permitiré, Danaria, te lo juro. Provocaré un derrumbamiento, cortaré el acceso a los niveles inferiores. A Úrutan solo le interesan los pasos a Deonnah. Los libros le dan igual.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —preguntó, devastada.

—Trato de salvarte la vida, a ti y a los tuyos. En mí late la magia oscura. En mis manos hay mucha sangre, pero no podría con el peso de la tuya. Jamás.

—Un muerto no siempre sangra...

—No hables así, por favor.

Danaria tragó saliva y se apartó, tratando de hacer de tripas corazón.

—¡Luceis! —gritó— ¡Hijos de Mynsal! Debemos abandonar nuestra ciudad, pues el soberano de Fortaleza la tomará sin ningún género de dudas.

—¿Y adónde iremos? —preguntó alguien.

—¡Creí que la defenderíamos! —se quejó otra voz.

—No es posible —respondió ella, angustiada—. Pero si me seguís, os juro que os pondré a salvo. No importará... no importará dónde estemos. Llevaremos la luz de nuestro conocimiento a cualquier parte y eso será Mynsal. Porque Mynsal no es piedra ni sal, no es roca. Mynsal son corazones inquietos, con ansias de conocimiento y un profundo respeto por aquellos que nos lo transmiten. Allí donde estemos nosotros estará Mynsal.

—¡Es culpa del fortalezano! —bramó otra voz—. ¿Qué has hecho por

ayudarnos?

—Vamos, no podemos perder más tiempo —ordenó Danaria—. Id hasta el primer nivel y allí los mythanos nos abrirán camino hacia un nuevo hogar.

—¿Y los libros? —exclamó alguien, horrorizado—. ¡La biblioteca!

—Yo la protegeré —intervino Yxos.

—¿Y qué credibilidad tiene la palabra de un fortalezano? —escupió Saysa, acercándose.

—Vamos... —murmuró una vencida Danaria. No tenía fuerza ni ánimo para reponer nada más, pero el tiempo apremiaba y las urgencias crecían.

Cuando todos empezaron a caminar despacio hacia el lugar indicado y ella se mantuvo allí, Yxos se le acercó más.

—Ni siquiera sé por qué me importa esto —murmuró ella, sin mirarlo—. Pero... ¿qué pasará contigo?

Sus ojos, ahora sí, se encontraron con los de él, que sonrió con timidez.

—No te preocupes. Sé cuidarme.

—¿Por qué... por qué no vienes con nosotros? Purificaremos tu magia y tu hermano no podrá emplearla contra Deonnah. Panteón, Lungeon, Región de Finnis; incluso lo que sea que puebla Isla de Drey... Nadie tiene la culpa.

Yxos le acarició la mejilla y la miró de aquel modo que la hacía sentir el centro mismo de Deonnah para él.

—No puedo, luceis. Mi cruzada es otra.

—Acabar con la magia —respondió ella, negando con la cabeza.

Apartó la cara con un gesto brusco y la mano de él quedó acariciando el aire.

—Supongo entonces —añadió la joven— que esto es una despedida y que no volveremos a vernos.

—Espero que no sea así.

—Tú lo eliges.

Yxos suspiró profundamente y volvió a tomar la mano de Danaria, que ya no se sintió con fuerzas para negársela.

—Ten cuidado, ik astam.

—¿Qué significa? —preguntó la joven, con un hilo de voz.

—Es mythano antiguo. Deberías saberlo.

—Las lenguas antiguas no son lo mío —respondió, sollozando aún.

—Algún día te lo diré.

—Dímelo ahora.

Yxos la sujetó del rostro y sonrió, mientras pegaba su frente a la de ella.

—Mynsaliana cabezota —exclamó—. Lo dejo pendiente porque así algo me obligará a volver a encontrarme contigo.

Danaria colocó sus manos sobre las de él y cerró los ojos.

—Confía en Lhun —zanjó Yxos, con los labios pegados a su frente.

El interpelado llegó hasta allí y se detuvo a una distancia prudencial, con evidentes signos de cansancio tras haber mantenido en alza el escudo que había impedido a las náyades llegar hasta allí.

—Hay que irse. Úrutan ha llegado.

—¿Y las ninfas? —preguntó Danaria, temiendo lo peor.

La nula capacidad de Lhun por hilvanar una respuesta resultó suficiente y a la vez, devastadora

—Traté de ayudarlas —dijo después—, pero debía sostener el escudo y... A veces hay que buscar el mal menor.

Danaria cerró los ojos y su mano dejó ir despacio la de Yxos. Deseaba correr de nuevo hacia él, abrazarlo y besarlo una última vez, pero recordar el propósito que lo mantenía allí, se lo impidió. Caminó, rompiendo de manera definitiva el contacto entre sus manos, hacia el primer nivel, aquel que conducía a la ciudad de Mynsal. Lhun miró a Yxos, que se limitó a asentir antes de despedirse de su amigo y perderse, tras

los pasos de Danaria, por las galerías subterráneas.

Un fuerte explosión supuso la antesala a la llegada del emperador de Kardunia.

—Buen trabajo —lo saludó la voz de su hermano—. Empecemos.

*****

Los mynsalianos ni siquiera habían tenido tiempo de tomar sus pertenencias antes de haber de abandonar aquel cálido lugar. Danaria los ayudaba a acceder a una de las galerías que partían desde allí, concretamente la que Yxos le había indicado a los mythanos.

Tyrion llegó junto a ella.

—¿Qué sentido tiene que vayamos hasta Finnis? —preguntó—. Está en la otra punta de Deonnah; tardaremos siglos y ni siquiera sabemos qué encontraremos.

—Al parecer existe una ciudad de nombre Silas, donde algunos mythanos se instalaron tras un accidente en la isla. Está oculta y...

—Tengo una propuesta mejor: Isla de Drey. Está mucho más cerca y si bien no es sensato traer a la Legión de Acero aquí y servirles la guerra con Fortaleza en bandeja, sí puede serlo tenerla cerca. Hay un lugar llamado Cryda; no está lejos de Lungeon y...

—En Finnis está el reino de Ofyrion. Sus herederos han estado en Mynsal; si necesitamos ayuda nos la prestarán.

Tyrion la miró y trató de no dejarse arrastrar por su desánimo.

—Piénsalo. Panteón está cerca y es el reino de la magia por excelencia. No es solo huir hacia un lugar seguro, Danaria, es también salvar la biblioteca. Me niego a abandonar aquí a todos esos libros, y a buen seguro en Panteón pueden ayudarnos.

—Yo también, Tyrion. Es insultante que pienses que estoy aquí ayudando a todos a seguir el camino para marcharme después sin más. Este es nuestro hogar.

—¿Hablas de quedarte aquí? ¿Y qué piensas hacer? ¿Luchar tú sola contra los fortalezanos? ¿O acaso encomendarte a tu brillante héroe? No te salvará. Puede que sienta algo por ti, pero en el otro lado de la balanza

está su hermano y una causa en la que cree: el fin de la magia.

Danaria le miró.

—Tú conoces el mythano antiguo, ¿no es cierto?

—¿Qué importa eso ahora? —preguntó Tyrion, desconcertado.

—¿Qué significa ik astam?

—Mi amor... —respondió él, con el ceño fruncido—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con..?

Danaria sonrió, mientras las lágrimas seguían empañándole la mirada.

—Olvídalo, Tyrion.

—¿Y entonces? ¿Qué dices de ir a Cryda?

—Yareus confiaba en ti para gobernarlos. Para gobernarnos. Llévales adonde creas oportuno.

Tyrion volvió a mirarla y frunció el ceño. La magia de Danaria, sin embargo, no le permitió añadir nada más después de cerrar el acceso que separaba Mynsal de aquella galería a través de la cual huía todo su pueblo. Yareus se había quedado allí, pues moribundo como estaba, se había negado a morir lejos de su ciudad. También la biblioteca, con los cientos y cientos de libros que durante tantos años habían forjado la sabiduría de Mynsal se había quedado allí. Incluso Yxos se había quedado allí. El fortalezano había renunciado a sus esperanzas de salvación, sentenciando que la muerte de la magia sería la única capaz de devolverle paz, pero ella sabía que no era así. La magia pura era susceptible de corromperse pero la corrompida también lo era de purificarse de nuevo. Un día Fortaleza estuvo a punto de destruir Panteón. Aquel error no volvería a repetirse, aunque en aquel empeño, Danaria hubiera de dejar su propia vida.